



Sr. Ema. el Cardenal O'Connell  
*Arzobispo de Boston*



Sr. Ema. el Cardenal Farley  
*Arzobispo de New-York*



Sr. Ema. el Cardenal Falconio  
*Delegado apostólico*



Sr. Ema. el Cardenal Gibbons  
*Arzobispo de Baltimore*

### Los nuevos Cardenales americanos

## CARTAS DE MISIONEROS

### LOS MARIANITAS EN EL JAPÓN

El R. P. Lebón, procurador de las Misiones de los Marianitas, nos escribe desde Nivelles (Bélgica), dándonos noticias del Japón y anunciándonos que el fundador de las obras Marianitas que se desarrollan en las principales ciudades del Imperio, el R. Padre Heinrich, ha sido nombrado caballero de la Legión de honor. Bien merece citarse en LAS MISIONES CATÓLICAS el hecho de que el Gobierno francés distingue con tan alto honor á un Misionero católico.

CARTA DEL R. P. LEBÓN, ANTIGUO LIMOSNERO DEL COLEGIO  
ESTANISLAO DE PARÍS

EN pocas palabras, voy á recordaros á grandes rasgos el pasado de los Marianitas en el Japón.

Llegados en Enero de 1888, fundaron aquel mismo año la escuela de la Estrella de la Mañana en Tokio; en 1891 inauguraron en Nagasaki la Escuela de la Estrella del Mar; en 1901, en Osaka la Escuela de la Estrella brillante; y en Yokohama el Colegio de San José. Finalmente, en 1906, en Kumamoto se proyectó y empezó un establecimiento que hubieron de abandonar en 1909 para sostener las casas más antiguas y asegurar la fundación de la Escuela de Urakami.

Venciendo dificultades que todos adivináis, hemos ido avanzando y Dios ha coronado nuestros esfuerzos con muy consoladores resultados: nos fijaremos en dos que juzgo particularmente interesantes.

El número de Religiosos Marianitas que trabajaban en el Japón al empezar el corriente año era de 73; de éstos 54 extranjeros y 19 indígenas, entre los cuales 9 están completando su formación en los principales centros científicos.

Con este personal tan limitado es con el que funcionan y prosperan las múltiples obras de la Compañía de María. En Tokio se encuentran las siguientes: La Escuela de la Estrella de la Mañana, á la que concurren cerca de 820 escolares japoneses, y cuyos profesores dan clases en la Universidad imperial, en la Escuela

de Nobles, en la Escuela Militar, y en fin, en algunas del Bachillerato. Es en Tokio donde reside el reverendo P. Heinrich, fundador y viceprovincial de nuestra Misión del Japón. En Yokohama tenemos el Colegio de San José, en el cual educamos á los niños de la Colonia extranjera; este establecimiento, limitado su radio de acción por la fuerza de las circunstancias, cuenta tan sólo con 120 á 130 estudiantes. En Osaka, la Escuela de la Estrella brillante es un instituto comercial muy floreciente; á sus aulas concurren unos 650 jóvenes; el número de cristianos y de catecúmenos ha aumentado allí considerablemente estos últimos años, y millares de libros y objetos católicos se han repartido entre los paganos: es una obra que para crecer mucho más sólo pide recursos materiales y personal. En fin, en el Kyu-Shiu, al sud, trabajan nuestras dos Comunidades de fundación más reciente, que son las de Nagasaki y Urakami. Nagasaki es una ciudad que trabaja con denuedo para conservar su preponderancia, que parece disminuir á pesar de sus esfuerzos. La Escuela de la Estrella del Mar sufre los efectos de esta decadencia: el número de sus alumnos ha decrecido notablemente; para remediar la actual penuria hemos intentado transformar la antigua Escuela Comercial, para el sostenimiento de la cual carecemos de recursos, en Escuela elemental.

La Escuela apostólica de Urakami, que es por ahora nuestro Benjamín, tiene un especialísimo campo de acción. Al lado del Seminario, que existe hace largos años y al que dan próspera vida las vocaciones indígenas, ha parecido útil crear una obra que, no siendo ni hoy ni nunca un cargo para la Misión, pueda prestarle útil y activa cooperación. Ella recogerá los gérmenes de vocaciones que sin protección correrían peligro de perderse no pudiendo, como no puede el Seminario con sus limitados recursos, admitir á todos los aspirantes:



así lo dice el Ilmo. Sr. Cousin en su informe anual correspondiente al 1908, de la diócesis de Nagasaki y dirigido á la Sociedad de las Misiones Extranjeras.

Ella formará en especial religiosos educadores, catequistas bien instruidos para los Misioneros que los pidan, instructores y profesores católicos casados, siempre que no sea más elevada la vocación de los que se alistén en las filas del Apostolado.

Esta obra, que cuenta apenas seis años de existencia, y cuya realidad práctica puede decirse que empezó en Marzo de 1910, sólo pide desarrollarse, crecer. En la actualidad veintidós jóvenes apóstoles se educan y albergan en estos locales, contruidos gracias á las limosnas de los católicos, capaces para albergar á lo menos ochenta. Su número aumentará en la misma proporción en que aumenten nuestros recursos. Interinamente hemos instalado también en Urakami el noviciado de la Sociedad de María, que hoy cuenta tres novicios.

Después de lo escrito sobre nuestra Escuela Apostólica, permítaseme dar algunos detalles de nuestros trabajos en Tokio, pues son los que más en especial han llamado la atención del Gobierno francés y los que le han resuelto á nombrar caballero de la Legión de honor á nuestro R. P. Heinrich.

Prescindiendo las ventajas que para la influencia católica en general, pueda tener el que hermanos nuestros en Religión, desempeñen hace años cátedras en la Universidad, en la Escuela de Nobles y en la Escuela Militar, distinguidos con el título de profesores oficiales por el Gobierno japonés, y el que sean admitidos en las recepciones oficiales de S. M. el Emperador, me permitiré llamar la atención de los lectores de LAS MISIONES CATÓLICAS hacia un hecho muy significativo en el mismo orden de ideas, hecho que sin duda es el que más ha influido en las esferas oficiales francesas. Los alumnos de nuestra escuela de la Estrella de la Mañana son en su casi totalidad salidos de la más distinguida sociedad de la capital, hijos de las más aristocráticas familias y del más elevado personal gubernamental. Dióse el caso de que el número siempre creciente de estos alumnos exigía hace unos años ensanche de local que en absoluto no nos permitían nuestros recursos, pues el producto de las pensiones, que en el Japón son muy bajas, es suficiente apenas para asegurar el funcionamiento de las obras. Entonces fué cuando entre nuestros amigos, se organizó un comité japonés compuesto de personalidades las más distinguidas y todas no católicas para reunir la cantidad necesaria para el indispensable ensanche del edificio. El resultado de sus trabajos fué reunir una muy importante cantidad, que emplearon en la compra de un hermoso terreno que á fines de Abril del próximo pasado año nos regalaron. En fecha posterior el mismo comité ha dirigido un llamamiento á los compatriotas de estos educadores, cuyos esfuerzos ha declarado el Japón que agradece, á fin de procurarles la cantidad necesaria para las construcciones proyectadas.

Lo dicho demuestra el aprecio con que nos favorece la opinión japonesa. Si á ello añadimos que todos los

años son varias las conversiones que se logran en Tokio—muy especialmente meritorias, atendido el ambiente social de esta ciudad—y también en los demás colegios, verá el cristiano lector como Dios se ha dignado bendecir los trabajos de estos humildes misioneros de la educación.

Creo que los detalles que anteceden interesarán á los lectores de LAS MISIONES CATÓLICAS. Según los sentimientos de su caritativo corazón, unos se sentirán inclinados á cooperar al desarrollo de la Escuela Apostólica, y otros á la construcción del grandioso colegio proyectado en Tokio. A todos pediré, haciéndome intérprete de las reiteradas súplicas de mis hermanos del Japón, que á lo menos se dignen con sus oraciones acordarse con frecuencia de los jóvenes catecúmenos de nuestros colegios, pidiendo al Señor les conceda la gracia de la conversión, que tan importante sería por razón de la influencia que les dará su elevada posición social.

## NOTICIAS VARIAS

### Roma.

*Noticias de la Propaganda.*—S. S. el Papa Pío X ha nombrado Arzobispo de Atenas al Rdo. P. Luis Petit, de los Agustinos de la Asunción; Arzobispo de Corfú al Ilmo. Sr. Domingo Darmain, promovido de la Sede episcopal de Sira; Obispo auxiliar del Arzobispo de Brisbane (Australia) al Ilmo. Sr. Jaime Duhing, actualmente Obispo de Rockhampton; Vicario Apostólico de la Costa de Benín (Golfo de Guinea) al Rdo. P. Fernando Terrien, de la Sociedad de las Misiones Africanas de Lyon.

### España.

*Quinto Congreso Africanista.*—El señor Presidente del Centro Comercial Hispano-Marroquí, de Barcelona, Sr. Saavedra, ha dirigido á las Corporaciones, Sociedades y demás entidades que puedan contribuir al mayor éxito del Quinto Congreso Africanista, una circular en la que dice que es sabido que el ideal de los Centros Comerciales Hispano-Marroquíes se encamina desde sus primeros pasos á demostrar la necesidad absoluta de que España lleve á sus posesiones africanas el esfuerzo de la industria y el comercio, símbolos del poderío de los pueblos, expresión de intereses y energías que para traspasar las fronteras reclaman leyes económicas que impulsen y desarrollen, métodos que faciliten, orientaciones que respondan á las conveniencias y aspiraciones del país.

De aquí la labor realizada en los cuatro Congresos Africanistas celebrados con aplauso de la producción nacional y de cuantos se interesan por el engrandecimiento moral y material de España, marcando por manera precisa las medidas que han de adoptar los poderes públicos para que no resulten estériles los sacrificios del país.

Los Centros estiman que á los avances de nuestro glorioso ejército deben seguir los de la industria y comercio, pues el ejército facilita y ampara la penetración, y todos de consuno luchan á un solo fin, que es el predominio de la soberanía española en aquellos países.

Cabe esperar que nuestros derechos en Africa serán pronto proclamados intangibles, y en esta convicción se cree oportuno convocar el Quinto Congreso Africanista, con el objeto de definir el sistema de colonización que haya de implantarse en los territorios sujetos á nuestra influencia, para que una vez anotado se lleve á la práctica sin más dilaciones.



A este efecto se ruega á las Corporaciones que se dignen asociarse á la proyectada Asamblea y remitir los temas que consideren convenientes.

Las adhesiones pueden dirigirse á los Presidentes de los Centros Comerciales Hispano-Marroquíes de Madrid (San Agustín, 2), y de Barcelona (Rambla Santa Mónica, 25).

Una vez recibidas las adhesiones se señalarán los temas, fecha del Congreso, población en que haya de reunirse y demás detalles complementarios.

### Mar de las Indias

De una carta que de su director el R. P. Ramón Colomé, O. S. B., publica la excelente *Revista Montserratina*, copiamos los siguientes párrafos:

*A bordo del «Omrah» 1 de Enero de 1912.*—Ayer llegamos á Colombo... El tranvía eléctrico nos condujo en un cuarto de hora ante la puerta del palacio episcopal, morada humilde del celoso misionero, donde fuimos acogidos benévolamente por uno de sus familiares, quien nos presentó al señor Vicario General. El Prelado debe llegar dentro de dos días de su visita *ad limina*, y ya las Comunidades y Centros católicos de la ciudad se preparan para ofrecerle un digno recibimiento.

*En el Hospital.*—Es éste una serie de pabellones en un solo piso, ordenadamente levantados en medio de plantaciones de palmeras é higueras silvestres de vegetación exuberante y rodeados de todas las comodidades que prescribe la higiene y recomienda la caridad cristiana. Presentóse desde luego la Rda. M. Superiora Misionera franciscana, alegróse sumamente de que conociéramos sus obras y leyéramos las relaciones que ellas con tanto cariño mandan á sus hermanas de Europa, y después de un breve descanso llamó á dos Religiosas para que nos acompañaran en nuestra visita por el vasto edificio.

Una cosa habíamos notado en nuestra entrada en la ciudad, y era que con frecuencia se nos acercaba algún indígena, juntaba sus manos en actitud de adoración é inclinaba su cabeza; devolvíamosle benévolamente el saludo, mas sin fijarnos en ningún otro detalle. El señor Vicario General nos manifestó que con ello pedían nuestra bendición, y que era una satisfacción para los indígenas el recibirla: en el hospital se nos ofrecieron frecuentes ocasiones de reconocerlo. Casi en todas las salas se nos incorporaban á nuestro paso uno ó más enfermos, y al darles la bendición su semblante se renovaba y conocíamos que recibían con ello su mayor consuelo.

En una de sus salas departimos breve rato con un joven escolar de nuestros hermanos los Silvestrinos de Kandi, monasterio situado algo lejos de Colombo en el interior de la isla de Ceylán: alegróse sumamente de ver nuevos hermanos suyos en el P. San Benito, rogónos que pidiéramos al Señor por él y su Monasterio, y pidiónos con insistencia la bendición: al día siguiente debía ingresar en la sala de convalecientes. También tuvimos el gusto de saludar á un joven Hermano de las Escuelas Cristianas, enfermo de alguna gravedad.

Recorrimos todas las dependencias; las salas de medicina y cirugía, el departamento de leprosos, el de niños, etc., etc., y en todas nos fué dado observar el buen orden, aseo, limpieza y desinfección completa que, gracias al celo y cuidado de la Religiosa que está al frente de cada sala, reinan en todo el edificio, envolviéndolo en tal atmósfera de paz y bienestar, que pronto se traslucía en el comportamiento de los enfermos, y en el respeto y cariño con que se trataban mutuamente.

La M. Superiora nos habló de las conversiones numerosas que se realizan en el Hospital, y nos refirió cómo cuando alguna vez habían poseído algunas medallas de N. P. S. Benito, por propia experiencia y la de otros, veía que nadie resistía su influjo y que sentía no poseer ninguna ya desde mucho tiempo. No necesitábamos una palabra más. El Rdm. P. Marcet trae consigo algunos centenares para los Misioneros, y le ofreció luego quinientas que, por tenerlas en el buque, pasaría más tarde un dependiente de las Religiosas á recogerlas. He aquí, pues, un nuevo pequeño triunfo de nuestra visita al hospital, y confiamos que con el tiempo sabremos su resultado.

Nuestro pequeño cicerone de la casa del Prelado nos acompañó luego al tranvía, y descendimos ante la iglesia de San Felipe, que se halla no lejos del puerto. Uno de los misioneros que oía confesiones, se acercó poco después á nosotros y nos acompañó al P. Superior, quien se nos ofreció por entero, y relatónos algunos de sus trabajos y dificultades. Colombo, población de más de doscientas mil almas, cuenta poco más de cuatro mil católicos, si bien la piedad y celo de éstos, sobre todo de los sencillos sangaleses, compensa tan corto número: muchos más millares hay diseminados en toda la isla, regidos por numeroso clero, aunque no el necesario, perteneciente en su mayoría á Congregaciones religiosas, y hay también unos sesenta sacerdotes del país. En la capital, además del grandioso colegio que rigen los mismos misioneros con la parroquia, hay la iglesia del Palacio Episcopal, á su lado el Hospital y bastante más lejos la iglesia Catedral (que no pudimos visitar); junto á ésta el Colegio de Hermanas del Buen Pastor, y además un Colegio de Hermanos de las Escuelas Cristianas. Estos y alguna reducida capilla son los establecimientos católicos de la capital de la isla, y del desarrollo y fruto de los mismos se muestran agradecidos al Señor, así el señor Vicario General como los misioneros. Una de las dificultades mayores con que han de luchar son las diferencias de razas y un crecido número de lenguas, pues además de las dos predominantes en la isla, es Colombo un centro importantísimo entre Europa y Asia, donde se ven circular por sus calles á individuos de todos los pueblos de Asia y aun de Oceanía. Prueba es de ello el movimiento de su puerto, pues junto á los grandiosos trasatlánticos ocupan un reducido lugar unas carabelas del Extremo Oriente, muy parecidas á las que en nuestras historias vemos atribuidas á Colón, aunque de construcción muy rudimentaria: si á ello se agrega el conjunto de troncos variados de árboles, juncos chinos y otras mil zarandajas por el estilo, tendremos ligera idea del movimiento de Colombo.

### Calcuta (Hindostán)

*Para la construcción de un orfanato.*—El Rdo. P. Louwych, de la Compañía de Jesús, nos escribe de Calcuta el 6 de Febrero de 1912:

«Hace algunos años se deja sentir en Calcuta la urgente necesidad de nuevas escuelas. La escasez de establecimientos de educación obliga á los padres católicos á enviar á sus hijos á las escuelas protestantes. De un modo particular urge la apertura de un orfanatrofio, pues en Calcuta no existe casa alguna donde podamos nosotros abrigarles, mientras que los protestantes han fundado muchas.

«Para llenar este hueco, tan fatal á la fe de nuestros niños, hemos emprendido la construcción de un humilde orfanato. Lo hemos empezado como misioneros, es decir, sin contar con los fondos necesarios. Las grandes abnegaciones y sacrificios de nuestro venerable Arzobispo, el Ilmo. Sr. B. Meule-



man, nos han permitido elevar las paredes principales y cubrir; mas las puertas y ventanas, que son también indispensables, aún faltan. Además, en el interior existe el vacío absoluto: ni una mesa, ni una cama, ni un armario, nada de lo necesario.

«¿Cuándo podremos recibir nuestros huérfanos y las Hermanas indígenas que han de dirigir la escuela? Cuando las limosnas de Europa nos permitan acabar la obra. Digo «las limosnas de Europa», pues aquí he hecho sin resultado, en los diarios ingleses y bengaleses, un llamamiento á la caridad pública. Si entre los lectores de *Las Misiones Católicas* se encuentran almas que se interesen por nuestros huérfanos de Calcuta, sus limosnas serán recibidas con gran reconocimiento y Dios se lo pagará.»

#### Islas Carolinas

*Guillermo II condecorando á dos Religiosos.*—Por el mérito obtenido en calmar la sublevación de los Dchokadsch en las islas Carolinas, el Emperador Guillermo ha conferido al reverendo P. Ignacio Rupert, Superior de la Misión de los Capuchinos, la condecoración de la Orden del Aguila Negra, y al P. Gerardo Kudell, la de la Orden de la Corona.

#### República Argentina

*Dieciséis meses de Misión por el territorio del Río Negro.*—De una carta de D. Andrés Pestarino, presbítero salesiano, copiamos los siguientes párrafos:

«El camino recorrido en esta excursión fué de 1,230 leguas, que equivalen á 6,150 kilómetros; y á pesar de esto no pudi-

mos visitar más que la tercera parte del departamento *Nuevo de Julio*, dos tercios del departamento *Veinticinco de Mayo* y los centros de los distritos de *San Antonio*, *General Frías*, *Cubanca* y *San Javier*.

«Para poder visitar anualmente y con provecho de las almas todos los departamentos y distritos mencionados, harían falta tres sacerdotes más con sus respectivos catequistas, con residencia en las aldeas de San Carlos de Bariloche, Valcheta y San Antonio.

«Administré 937 Bautismos, 80 de adultos; 672 Confirmaciones; 450 Comuniones, 55 Primeras; y bendije 54 matrimonios. Contamos 2,493 personas en la Santa Misa y visitamos 1,050 familias.

«Hemos repartido 300 crucifijos; 1,700 medallas del Corazón de Jesús y María Auxiliadora; 280 rosarios; 48 escapularios de la Virgen del Carmen; 50 oleografías de María Auxiliadora, de la Sagrada Familia, etc.; 450 cuadritos religiosos de varios Santos; 55 estampas de Primera Comunión y 100 de Confirmación; 850 Catecismos; 300 cartillas de escuela; 40 libros de escuela; 120 *Boletines Salesianos*; 3,200 hojas religiosas; regalo de varios colegios salesianos; y finalmente, 400 libritos de propaganda que nos envió el Colegio Pío IX de Buenos Aires.

«El coadjutor José Caranta ha visitado más de 80 enfermos, y les facilitó las necesarias medicinas, todas, á Dios gracias, con éxito feliz. Las medicinas suministradas gratis á muchas personas pobres, nos las proporcionó generosamente la farmacia de San Francisco de Sales, de Viedma, á la que nosotros y las personas beneficiadas quedamos muy agradecidos.

## LAS MISIONES CATÓLICAS EN LA INDIA

**A**CABA de salir á luz el *Catholic Directory of India, 1912*, que muestra por medio de estadísticas detalladas el estado presente de todas y cada una de las Misiones católicas existentes en la India, Burma y Ceilán. Este interesante trabajo pone de manifiesto la fecundidad exuberante de la Iglesia de Cristo, el celo de las Congregaciones religiosas á quienes está encomendada la evangelización de este inmenso territorio, y los trabajos, sudores y sacrificios de los misioneros: ó sea, lo mucho que se ha hecho hasta el presente en la gran obra de la conversión de la India; si bien, á la vez, no deja de descubrir lo incomparablemente más que hay que hacer para llegar á la realización de los designios de Dios y de la Iglesia. Según el Censo oficial del Gobierno, existen en la India 732,000 ciudades, villas ó aldeas, esto es, localidades habitadas; de éstas, el número de lugares donde está organizado, más ó menos perfectamente, el trabajo de Misión, es poco más de 8,000 (1); de lo cual se deduce que, aproximadamente, tan sólo una por ciento de las localidades habitadas de la India es teatro del trabajo del misionero católico y está sometido á su influencia; y, por lo tanto, si mañana desembarcaran en estas costas un ciento de Congregaciones religiosas nuevas, encontrarían cam-

po libre donde desplegar su celo apostólico en noventa y nueve por ciento de las poblaciones.—*Atravesad los mares y venid en nuestra ayuda*,—es el grito de 320 millones de infieles que pueblan la India; y la contestación práctica de los católicos de todo el orbe debe ser: ROGAR, DAR, TRABAJAR, por la conversión de este innumerable pueblo.

Pero poniendo nuestra vista al presente en lo que existe, en lo que se ha hecho y se hace, es de gran consuelo notar que las Misiones organizadas en la India, asciende hoy al número de 33, más cinco en Ceilán y tres en Burma, ó sea, un total de 41 Misiones, distribuidas jerárquicamente en esta forma: 9 Arzobispados, 21 Obispados, 7 Vicariatos apostólicos y 4 Prefecturas apostólicas, con un total de católicos de 2.514,246 (1).

De estas 41 Misiones, cuatro, Goa, Damaun, Cochín y Mylapore, se hallan bajo del Patronato portugués, á cuyo clero están encomendadas; y otras cuatro, Ernakulam, Trichur, Changanacherry y Cottayam, forman los cuatro Vicariatos apostólicos establecidos para el gobierno de los cristianos de rito siriano de Malabar; estando las restantes, ó sea, 33 Misiones, confiadas á

(1) La estadística de católicos por decenios, desde el año 1861, en India, Burma y Ceilán, es como sigue:

	1861	1871	1881	1891	1901	1911
India. . . . .	1,017,969	1,131,672	1,389,306	1,625,943	1,860,876	2,103,636
Burma. . . . .	6,050	8,500	21,689	33,300	55,788	88,447
Ceilán. . . . .	146,835	173,269	199,270	233,856	285,018	323,163

(1) Mil ciento setenta residencias de sacerdotes; 3,230 lugares con capilla, pero sin sacerdote residente; y 3,704 visitados periódicamente por algún misionero: total, 8,113 esferas de acción.



diferentes Congregaciones Religiosas, en la forma que se expresa en la siguiente tabla, donde á la vez se muestra el número de católicos existentes en cada una de estas Misiones y el número de individuos ó misioneros que cada Congregación religiosa tiene en ellas, trabajando en la obra de la evangelización.

	Misión	Congregación religiosa	Católicos	Misioneros
INDIA	Agra.	Capuchinos italianos.	7,439	36
	Allahabad.	»	9,312	30
	Assam.	Div. Salvador.	4,189	14
	Bettiah.	Capuchinos del Tirol.	3,966	14
	Bombay.	Jesuitas alemanes.	22,482	62
	Calcutta.	» belgas.	186,144	123
	Coimbatore.	Misiones extranj. de París.	38,900	40
	Dacca.	Santa Cruz.	11,150	16
	Hyderabad.	Misiones extranj. de Milán.	22,335	20
	Kaxmir.	San José Mill Hill.	4,400	16
	Krishnagar.	Misiones extranj. de Milán.	7,897	12
	Kumbakonam.	» de París.	95,778	35
	Lahore.	Capuchinos belgas.	12,988	35
	Madras.	San José Mill H II.	54,153	43
	Mangalore.	Jesuitas italianos.	96,359	32
	Mysore.	Misiones extranj. de París.	50,603	52
	Nagpur.	San Francisco de Sales.	15,990	26
	Pondichery.	Misiones extranj. de París.	143,125	78
	Poona.	Jesuitas alemanes.	16,622	23
	Quilón.	Carmelitas Descalzos belgas.	120,142	25
BURMA ORIENTAL	Rajputana.	Capuchinos franceses.	4,729	30
	Simla.	» ingleses.	2,300	13
	Trichinopoly.	Jesuitas franceses.	258,275	83
	Verapoly.	Carmelitas Desc. españoles.	78,710	26
	Vizagapatam.	San Francisco de Sales.	15,183	25
	Burma oriental.	Misiones extranj. de Milán.	20,177	15
	» septent.	» de París.	9,728	28
	» meridional.	»	58,542	48
	Colombo.	Oblatos de M. Inmaculada.	244,285	93
	Galle.	Jesuitas belgas.	11,612	16
BURMA OCCIDENTAL	Jaffna.	Oblatos de M. Inmaculada.	49,597	37
	Kandy.	Benedictinos de S. Silvestre.	27,938	6
	Trincornalle.	Jesuitas franceses.	8,731	15

La anterior tabla, en la simplicidad de sus números, es elocuente indicador del celo y fervor de las Congregaciones religiosas, cuyos hijos, alentados del espíritu del más noble y generoso sacrificio, abandonando los hogares y su patria y atravesando los mares, vienen á esta extraña región inmensa, donde por miles de años el demonio ha tenido un trono que parecía incommovible, y con las banderas de la fe católica desplegadas, tratan de conquistar palmo á palmo el terreno, derrocar el paganismo y sobre sus ruinas establecer el reino de Dios. Al considerar el avance de la Religión católica en la India estos últimos años, la organización presente, la influencia de la idea católica sobre prejuicios acumulados durante muchas centurias, una impresión de consuelo y esperanza domina el espíritu, y parece como que el horizonte se abre ante nosotros y nos descubre en las lejanías á la «Esposa de Cristo» vestida de manto de gloria, sentada sobre los trofeos ganados en mil combates contra el paganismo, y dominando, reina de amor y de paz, sobre toda la India.

Ernakulam, 28 de Enero de 1912.

FR. ANGEL MARÍA, C. D.  
Mis. Apost. de Verapoly.

## MOGOLIA PINTORESCA

### LA MONTAÑA. — LA SELVA IMPERIAL. — EL LLANO

POR EL R. P. LUIS KERVYN

DEL SEMINARIO DE SCHEUT-LEZ-BRUXELLES, MISIONERO EN NUESTRA SEÑORA DE LOS PINOS (MOGOLIA ORIENTAL)

(Continuación)



ESTA que llamaremos madera gelatinosa alcanza precios inconcebibles: lo corriente es que se venda á 500 y á 600 francos. «La demanda de esta droga singular es siempre muy superior á la oferta: en otros tiempos la expedían en cantidades relativamente considerables de la Siberia por Kiakhta. Los chinos establecidos en las orillas del río Amor la compraban á buen precio y la reexpedían á Pekín.» (Prjévalski).

Hace unos pocos años que ha venido á dificultar este comercio una prohibición legal: las aduanas y agentes del Gobierno confiscan, casi diremos con saña, este artículo de exportación, siendo el móvil de su celo ejemplar no tanto el deseo de enriquecer las cajas del Gobierno como el de favorecer los respetables bolsillos de los acaparadores oficiales, de los recaudadores de contribuciones y de otros que son en conjunto las verdaderas leyes del país, pues que son los únicos que inspiran respeto y temor.

A los cuernos de ciervo de que venimos ocupándonos, se les atribuyen propiedades maravillosas. Los chinos

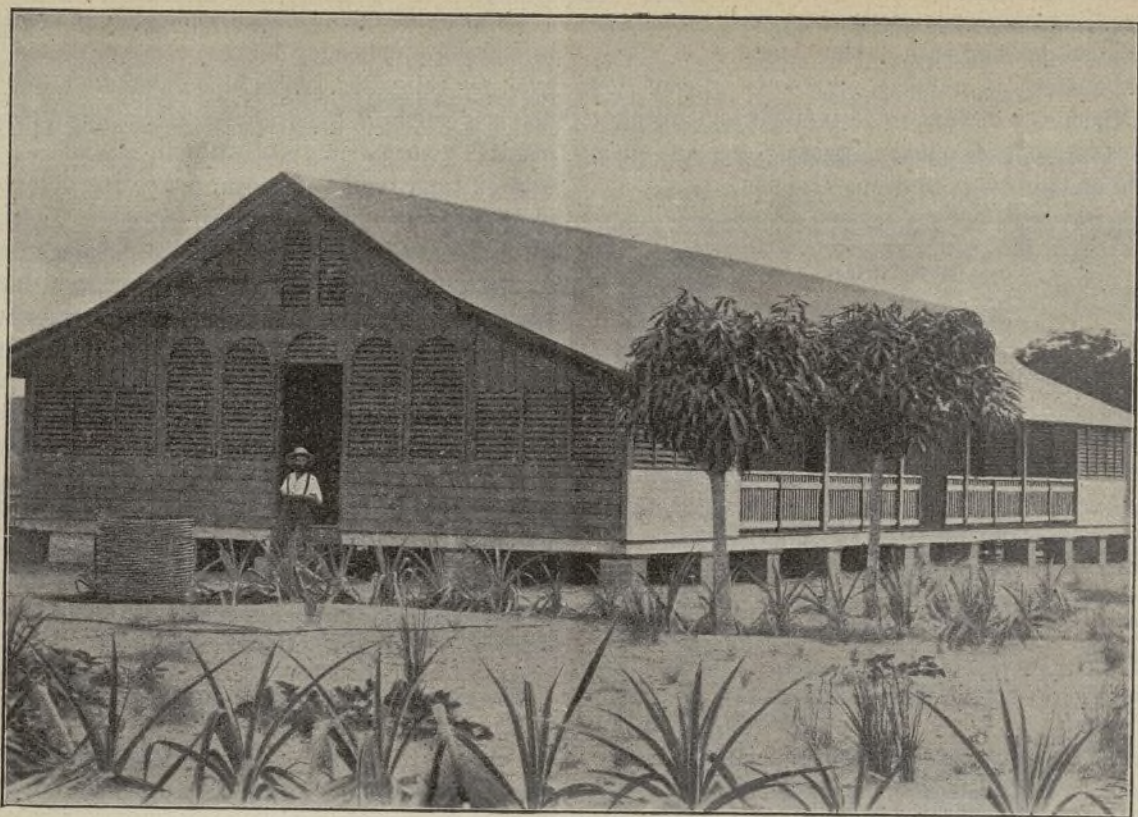
lo juzgan el rey de los reconstituyentes. Lo emplean como remedio infalible contra la infección que á veces echa á perder las aguas de pozos y cisternas. Y todas estas son razones que explicarán al lector el por qué alcanza precios tan exagerados. A mi entender, la credulidad china es la que da tanto valor á este artículo comercial.

Al igual que los chinos, y por idéntico motivo, los mogoles tienen declarada á los ciervos guerra sin cuartel.

También es muy apreciada la piel del ciervo: curtida con arte da un cuero muy fino y de gran duración, con el que confeccionan pantalones de invierno de solidez é impermeabilidad á toda prueba y muy superiores á los trajes hechos de piel de carnero. Sirve además para fabricar las piezas que en las sillas chinas, al igual que en las europeas, separan las piernas de los caballeros de la piel de su cabalgadura.

Además del ciervo, la selva cobija á un verdadero corzo, semejante en todo á su congénere de Europa, al que es superior en talla. Se lo caza por su carne succulenta, que, curada al humo ó helada, es en invierno enviada á los mercados de Pekín.





UBANGHI (AFRICA ECUATORIAL).—Casa de las Hermanas Franciscanas: situada en alta colina, domina extensa llanura, los pobladores de la cual sienten hace años la benéfica influencia de las Religiosas, que paulatinamente cristianizan sus paganas costumbres.— Reproducción directa de fotografía remitida por el Ilmo. Sr. Augouard, de la Congregación del Espíritu Santo.

Anteriormente hablamos de dos especies de leopardos, propios de las altas montañas de la Mogolia oriental. Aún hoy se los encuentra en la selva imperial. Son uno de ellos de piel sembrada de manchas doradas, y el otro de tupida piel blanca sembrada de manchas negras. Es un magnífico animal de la talla de las panteras. En China se lo encuentra rarísimas veces, y éstas en las montañas más frías. Su verdadera patria es el Asia central. Los comerciantes de Pekín compran su piel, que revenden á buen precio.

Citaremos, además, el lince, que se encuentra desde las montañas de Mandchuria hasta las del Thibet, siendo sin embargo rarísimo en Mogolia.

En fin, el lobo es muy común en todo el Imperio: realiza frecuentes correrías entre los rebaños que pacer en las faldas de los montes, y éntrase de sorpresa en los establos de los cerdos, á los que mata sólo por el gusto de matar. Al lobo lo cazan á tiros y con lazo: á los así cazados les arrancan vivos la piel, la que llenan de algodón y utilizan como uno de los mejores abrigos contra los grandes fríos. La superstición popular afirma que una piel de lobo arrancada en las bárbaras condiciones dichas es un prodigioso talismán: su afortunado poseedor ya nada tendrá que temer, por siglos que viva, de nocturnos ladrones ni de los en China tan célebres salteadores de caminos.

Los chinos organizan las cacerías de caza mayor (ciervos, corzos, etc.), dividiéndose en dos grupos; uno, el de los ojeadores, procura llevar la caza á un ángulo del bosque, en general vecino á una montaña desnuda de vegetación, y allí el otro grupo, armado co-

munmente de fusiles de tiro rápido, Maüser ó Winchester, tiran á su plena satisfacción contra la pieza que se presenta.

El chino es por un interés mal calculado destructor implacable de la naturaleza. Las fieras son raras en la generalidad de las regiones del Imperio, en especial en Wei-tch'ang. El magnífico tigre real de la Mandchuria es cada día más raro, y ya en estado salvaje no se encuentra en parte alguna el famoso *cervus elaphurus davidianus*: sólo puede admirárselo en el Parque imperial de Pekin y en algunos jardines zoológicos de Europa. Igual suerte espera en plazo próximo á numerosas especies de la fauna china: los avances no interrumpidos de una agricultura destructora les quita todo refugio. En antiguas descripciones leemos las del elefante, del rinoceronte y otros varios animales vivientes en el Imperio: se ignora en qué épocas desaparecieron. *Tristitia rerum!*

### III.—La meseta del Main-Tien-Tze

La llanura del Tche-ly limita al Norte con la Gran Muralla, que avanzando de Este á Oeste se levanta, cual caballero en gigantesco corcel, sobre los primeros contrafuertes de un macizo montañoso que constituye la barrera natural del Sud de la Mogolia oriental. Región de montañas abruptas, de abismos que dan vértigo, grupos de gigantes que en desordenado tropel corren del Norte al Noreste, cubriendo una extensión de 200 á 250 kilómetros, y... cuando el viajero, exhausto, aburrido de tanto subir y bajar, ha logrado la última



cima, encuentra una meseta inmensa, la meseta de Mogolia, situada á 1,600 metros de altura. Es ésta para el viajero europeo muy agradable sorpresa: encontrar de súbito ante él una llanura tan grande que la humana vista no logra ver el fin, cuando él temía nuevos abismos de difícil descenso, altas cimas de peligrosa ascensión.» (Matignon).

Espectáculo imponente la soledad de una superficie inmensa, cuyas suaves ondulaciones avanzan como en silencio hasta confundirse con el horizonte azul. No es el desierto con su movediza arena, con sus dunas que cambian de sitio dóciles á la voluntad del simoún, su vegetación achaparrada y espinosa, anhelante de humedad, de sombra, de frescura y de vida: es una llanura árida y estéril durante el invierno, pero que al nacer el verano se viste de rico manto de hierba y de flores. En parte alguna, según el curso de las estaciones, es más siberiano el frío, más caprichosa la primavera, más tórrido el verano, ni más breve el otoño; en parte alguna durante las noches serenas se adorna el cielo de más estrellas, ni son más frescos los amaneceres, ni más bochornosos los mediodías, ni más tranquila la muerte de la luz: y el cielo inundado de resplandores, y el espacio sin límites, y el silencio religioso que reina, y el aire y la luz de pureza inmaculada, circundan al viajero de un no sé qué de bienestar y alegría que despiertan en el alma indefinibles impresiones de admiración no exentas de secreto terror. Ella con sus bellezas que cautivan, con su sencillez sublime, pregonera sin palabras la existencia y la grandeza del Creador, y en ella el hombre consciente de su dependencia, exhalando un suspiro de su oprimido pecho, exclama: ¡Sólo Dios es grande!

«Cuantos viajeros europeos pasan por la alta meseta de la Mogolia Oriental sienten la que llamaré fiebre de la soledad libre, de la planicie inundada de sol, vestida de hierba, acariciada por las brisas del Norte, tan grande que la vista no alcanza sus límites; fiebre que produce en el organismo de los no habituados la contemplación de la alta meseta mogol, país de vastos horizontes, tierra de espejismo y ensueño, á la vez severa y atrayente. Su atmósfera es de pureza incomparable; las vibraciones de la luz, que dijérase le dan á lo lejos suaves movimientos ondulares, le comunican los encantos de la mar, la melancolía de los lagos en calma... A ella evoca la imaginación cuando torturada por la opresión de las muchedumbres, por las pestilentes emanaciones de las calles de Pekín, le asalta de súbito el deseo irresistible de anchos espacios, de aire puro respirado á plenos pulmones. El principal de sus encantos es, pues, la vida al aire libre, lejos de inopuntinas multitudes, de miasmas, de polvo: es la calma de los días, el silencio de las noches frescas, las bellezas de la aurora de rosados dedos que al nacer viste de perlas á las hierbas jóvenes. De una estancia, por corta que sea, en la China populosa, inquieta é interesada, el más estoico saca no sé qué extraña impresión de sufrimiento, un decaimiento moral y físico. Al escapar de esta cloaca se impone una *cura de aire*. Al cuerpo y al alma le precisan campos inmensos, horizontes tranquilos; el mar ó la meseta.» (M. Monnier).

¡Qué *cura de aire* más hermosa, más grandiosa y verdadera para el que viaja por el Celeste Imperio, que lanzarse á la meseta de Mogolia, al corazón de la *Tierra de los Herbes*, de las tribus pacíficas y nómadas que en edades remotas, un día agitadas por la fiebre de conquista, se lanzaron cual alud irresistible hacia el Oeste y llegaron hasta las puertas de Viena en feroces correrías, quiméricas tormentas de hombres y caballos, que, destrozando cuanto osaba entorpecer su paso, dejaban tras ellas desolación y muerte!... En esta soledad, mejor quizás que en otra alguna, mejor aún que en la mar, percíbese intensa la sensación del espacio libre... y el pecho se dilata libre de congojas. ¡Adiós, antipáticos ruidos de la ciudad, ensordecedor rodar de carruajes, estridentes gritos de vendedores ambulantes, roncadas bocinas de automóviles! Aquí gozo la calma de la muerte, un silencio que casi me asusta, que me produce un no sé qué muy semejante al vértigo: sólo los cascos de mi intrépido y enérgico *poney* (1) resuenan sobre la llanura del «Extremo Oriente», cuyos caracteres son muy distintos de los de la llanura del «Fer-Wast» americano. Soledad llena de encantos extraños, pero intensos, mezcla de tristeza y abandono. La vista no se cansa de admirar este horizonte que huye ante ella, ilimitado, siempre igual, monótono quizás, pero nunca indiferente. La sensación que produce es dulce é intensa:

Ce profond sentiment triste et délicieux

Qui devant l'infini met des pleurs dans nos yeux (2).

«Nunca experimenté con intensidad igual la pequeñez de mi sér que perdido en la inmensidad de este mar que agita incansable olas de verdura. Días y días puede galopar nuestro *poney*, sin que el paisaje cambie. Y si en el decurso de estos días fuese posible que conciliarais el sueño mientras vuestro caballo corre, al despertar creeríais encontraros en el mismo sitio en que quedasteis dormido.» (J. J. Matignon).

«Es una inmensidad uniforme en la que reina quietud absoluta, silencio de muerte. ¡Qué soledad! En este, al cruzarlo yo, desierto de hierbas secas, nada se movía, si no eran las sombras que las nubes reflejaban en la tierra al correr en alas del viento por delante del sol. Por la planicie, que se extiende hasta lo infinito, galopé días y días mi caballo sin ver figura humana. De tarde en tarde á lo lejos adivinaba la silueta de un caballero, cual colgada entre cielos y tierra, y que tardaba poco en perderse en la inmensidad. La sola manifestación de vida son las grandes bandadas de ánades salvajes que venían del Norte y los rebaños de las doradas cabras de Mogolia. Se las encuentra en grupos de dos ó trescientos: graciosas, saltando en la hierba con agilidad de pájaros; al acercarnos huían, pero no en correría vertiginosa, hija del terror, sino despacio, deteniéndose de vez en cuando como animales á quienes nadie hizo daño, que aún no conocen las fatales caricias de la caza.» (Monnier).

(Continuará).

(1) Caballo de poca alzada y mucho pelo, apto para largas y rápidas marchas.

(2) Este profundo sentimiento triste y delicioso, que ante lo infinito llena de lágrimas nuestros ojos.



## LA MISIÓN DE SAN JOSÉ DE NARGANÁ ENTRE LOS KARIBES

(República del Panamá) (\*)

(Continuación)

«También se me ofrece, Padre, que con un soldado que mandara el Presidente, todos tendrían miedo y así entrarían en razón.—Has dado en el *quid*, hijo, porque *Initium sapientiae timor Domini*, y éstos no son hombres; sino bestias, y así rezan las historias de nuestras antiguas Misiones.—Así, pues, ahora que vayas á Panamá le dices esto al Presidente.—¿Pero tú, Carlos y los buenos no me haríais una choza?—Sí, Padre.—¿Y no te parece que entonces poco á poco, ayudando Dios, los conquistaríamos?—Padre, los muchachos y gente joven y bastantes indios de edad media ya los tienes ganados, pero los demás, ¿quién sabe?» No sabe el pobre Carlos que yo tengo miedo de tener soldados, pues aunque la conquista por el solo sacerdote, humanamente hablando, sea insuficiente para formar cristiandades DE INDIOS sólidamente edificadas, tanto más que era adagio común de los antiguos misioneros que para cabeza de un pueblo de indios era necesario uno que por lo menos tuviera un quinto de español, esto es, de europeo; pero en la alternativa de caer en manos de gente apóstata y descreída, ó de sólo salvar á parte de la indiada, prefiero esto á aquello. Aquello sería ruina cierta para después, aunque por ahora y temporalmente adelantasen más, según está el mundo de perdido.

Lo cierto es que cuando vine no tenía ni un conocido, ni me vinieron á recibir en la isla de enfrente, y aquí el pueblo tuvo dificultad, y San José me ha traído algunos de la isla enemiga, toda la juventud y varios hombres decididos de esta isla con el Cacique. Varios otros hombres si no son amigos, son aficionados admiradores. Veremos cómo completa San José el favor.

## V

Vida del misionero de indios gentiles.—El primer bautizo en la futura Isla del Sagrado Corazón.—Firme resolución de los Narganás en admitir misioneros.—Primer fiscal de Doctrina en esta cristiandad.—Se declara el Patriarca San José, titular de esta Misión.—Adelanto de los indios presenciado por la tripulación del vaporcito que regresa.—La familia del Cacique Carlos y dos futuros sacristancitos salen con el misionero hacia Panamá.

Sábado, 6.—La vida del misionero de gentiles es como la del que va por alta mar en barca chica. A cada paso con la muerte ó el susto y zozobra en los dientes, y á cada paso riéndose y gozando de ver cómo Dios le libra á uno, hasta que se habitúa á confiar tanto en Dios, que anda en medio de toda clase de peligros con gran paz y consuelo de que se hace la voluntad de Dios, buena y provechosa para el cuerpo y alma, y ya no tiene miedo. Así aquí, ayer, tras tanta desolación que no vinieron los indios á aprender *porque sí*, mas no por mala voluntad, vinieron hoy para un bautizo muchos de la otra isla, que llamaremos ya del Sagrado

Corazón, como años adelante se la nombró. Por vez primera pasamos el brazo de mar cantando el *Ave María*, poniendo esa costumbre que ha seguido, gracias á Dios.

No me quise resistir al bautizo, porque el que me lo pidió era padre cristiano, aunque de solo bautismo, y porque me conviene en cada isla tener algún hijo de Dios por el cual Dios me ayude, y para dar envidia, por decirlo así, á los Angeles de los gentiles para que se aviven. No bautizaré más niños hasta no tener seguridad de los padres; y de éstos no me fío hasta que sepan la Doctrina, ó por lo menos decoren y entiendan *Pater, Credo*, Mandamientos y Sacramentos y Acto de contrición, salvo caso de peligro de muerte. Belisario, pues, hijo de Jacinto Shopipihua, es el segundo cristiano en esta primera entrada. Después del bautizo les pedí cuatro *pipas* ó cocos tiernos para los chiquitos que de Narganá traje; pero estos isleños *nusatupus* dijeron que no tenían nada de comer para los muchachos, y sólo para mí dieron una, que la repartí entre esos niños, que rezaron y cantaron hermosamente. Volví á mi isla, donde ya me aguardaban muchos chiquitos, que, al saltar á tierra de sí propios, me saludaron con el «Alabado el Santísimo, etc.», besando la cruz que en el apostadero pusimos el Viernes Santo. ¡Qué hermoso es eso en gentiles! Cantando el *Ave* me acompañaron á casa. Por ser hora de doctrina de mayores, despedí á los muchachos, y comí mientras venían los hombres.

De pura vergüenza y respeto humano venían y escapaban como venados los hombres. «Señor, me decía pensando en la ausencia de ayer, ¿será que no quieren ser cristianos? Decíme claro, porque si no quieren, es inútil cuanto yo haga.» Finalmente, como no venían ni los que ayer se mostraron tan fervorosos, ni aun llamados, dije: «Está esto perdido.» Me fuí, pues, al Rosario con los puros muchachos, mis delicias, que me quieren más que á sus madres, y son unos predicadores que encantan cuando hablan del infierno y de lo que padeció Jesucristo por nosotros y de que han de venir conmigo al cielo. Mandé llamar á mi cacique Carlos dos veces, y no lo encontraban. Ya la tenemos. Se me volverán atrás los pobres gentiles, pues sólo los fervorosos catecúmenos están aquí cantando con todos sus pulmones. Señor, eres el único que puedes con los gentiles; si Tú no lo arreglas, nadie puede arreglarlo. Pensando esto, *Ecce Deus!* viene el Cacique y con él un porrazo de hombres. Es que habían estado tratando el gran negocio que luego diré.

Acabado el Rosario rezamos la Doctrina, se enseñó y explicó lo de *necessitate*, como todos los días. Se consiguió hoy que se pusieran de rodillas, y no en cucillas, como suelen, para cantar el «Bendito y alabado, etc.» Sólo el pueblo cristiano sabe arrodillarse, me hizo notar tiempo atrás el señor Obispo; y es así que á estos indios les es tan difícil eso como casi á nosotros ponernos de codos en el suelo.

(\*) Véase el número 382 de *Las Misiones Católicas*.



Fuíme con el Cacique á casa, siguiéndonos cuatro principales. «Padre, me dice el providencial Carlos, estos cuatro son del todo buenos;» y les empieza á hablar con tal energía y tan clásicamente, como ellos suelen al tratar de sus cultos, contrayendo las palabras, que al poco ya no entendía ni una palabra. Cuando yo veía que les impresionaba mucho la oración de Carlos y que con fervor todos á una le hablaban, le pedía explicación á Carlos. Entonces él en bajo karibe, lo que equivaldría á latín de sacristía, me decía: «Pues dicen que ya no podemos estar más como bestias. Tú nos dices que Jesucristo, verdadero Dios y Hombre, dejó á su Vicario San Pedro y Pío X, y que éste le ha dicho al señor Obispo que te mandase para hacernos hijos de Dios, y que así vayamos contigo al cielo; pero esos viejos endemoniados tienen la cabeza dura y no entienden, y no quieren hacerte caso, y añaden que para qué quieren Padre, pues en cada islote hay dos, cuatro, seis sacerdotes gentiles ó *absogeti*. ¿Pero cómo se pueden comparar ellos contigo? Tú eres enviado de Dios, y ellos no; tú sabes mucho, y ellos sólo saben *hamu*, i. e., cantar al son de sus flautas sus creencias. Además tú eres santo, que no tienes mujer.» Y aquí volvió á hablarles con gran fervor, diciendo: «Yo estoy día y noche viviendo con este Padre, y á mi mujer ni la mira, sino como si fuera un niño. Aquí vienen todas las mujeres á sus compras, y con ser tan recelosas con otros, ya se le acercan y le traen sus hijitos, y aunque á todos muestra cariño, pero creo no conoce si son mujeres. Este Padre es bueno, hijo de Dios. El otro día, prosiguió Carlos, el mismo Padre me contaba que cuando venía de Colón, estando el mar tan bravo y sufriendo el barco tanto percance, él no temía, porque sabía que Dios le ayudaba; y venido sin conocernos, no nos tuvo miedo como otros *huarkas*, porque sabía que Dios nos daría buen corazón para recibirle y que le daríamos comida, casa y todo, y así es que nada le falta. Mas el otro día se le perdió al Padre un gemelo de la camisa, y lo buscamos en este arenal y casa y no lo encontramos por un día. Al fin, el Padre con los muchachos rezaron á San Antonio, se levantó el Padre á buscarlo y en seguida lo encontró. Es que es hijo de Dios. Y es así que él no quiere plata, ni bebe.—Y... di, Padre, ¿algún día tendrás mujer? preguntó José, el fiscal que después diré.—Dios me libre, porque yo quiero vivir como Jesucristo, sin mujer.—¿Qué os parece? dijo mirando á los otros.—Pues le hacemos casa porque éste es de Dios, y que viva con nosotros, y si esos viejos hijos del demonio no quieren, poco importa, nos juntamos veinte hombres hechos y la hacemos aquí junto á la del Cacique. Y tú, Padre, poco á poco nos enseñarás, pues tanta paciencia tienes, que ni te aburres de los muchachos que todo el día están encima de ti. Dicen que los monteses quieren bajar á matar al Cacique que te admitió y á ti. No bajarán, porque nos temen ya. Pero si bajan, yo, dijo el orador, con mi machete te defenderé.» Le abracé en señal de agradecimiento, y le dije: «Pues tú serás desde hoy mi vicario, ó *abarkineti* ó fiscal, y dirigirás el rezo cuando yo no esté en el pueblo. Te nombro, pues, el primer fiscal.» Al otro día en la función ó Doctrina, ceremoniosamente le entregué mi cruz, como de dos varas, que es el bor-

dón que, á la usanza de los antiguos misioneros del Maraón, llevo, fabricado de un palo ó hueso de la hoja de cierta palmera que en el Ecuador se llama chonta, duro y pesado con brillo. Esta es la insignia de fiscal de Doctrina, á la antigua usanza en las Misiones. Encarguéle se hiciera otra como esa, y que en mi ausencia me conservara esa. Luego hice donación al pueblo, en su persona, de una estatuita del Patriarca San José, de menos de palmo, regalo del P. Ipiña á mi salida de Méjico, que en la maleta impensadamente vino acá, y ante la cual, clavada en el asta de la cruz-bordón, rezábamos la Doctrina, por todo altar, en el gran chozón. Luego de rodillas todos y de común consentimiento nombramos á San José Patrón y Titular de esta Misión, y nos consagramos á él por las razones que al principio de esta historia dije. Al mes vi lo oportuno de esta consagración, pues, vuelto á Panamá, recibimos la carta de nuestro muy reverendo Padre General en que consagraban la Compañía al Santo Patriarca y mandaba la fórmula que cada casa había de decirle en el día del Patrocinio.

Tras todo eso, para que no se olvidaran del nombre del Santo Patriarca, llamé á ese indio Shec, mi decidido defensor y primer fiscal, con el nombre de José, quien hasta hoy, 1912, se ha conservado primero catecúmeno y luego el más fervoroso cristiano, á pesar de las pruebas por donde ha pasado la Misión, y adelante se dirán.

Entonces José dijo: «Nosotros te queremos, Padre, tú nos harás hijos de Dios y nos librarás de la casa de los demonios, *nianeka*, ó infierno, y Dios querrá que poco á poco nuestro pueblo sea la cabeza de esta tierra.—Sí, hijos; ¿y vosotros me ayudaréis para hacer cristianos á toda la nación?—Sí, Padre, todo lo hemos de hacer.—Dios os conserve vuestro buen deseo.—Dejemos al Padre ya para que se vaya á descansar.»

Al poco de estar acostado, aunque tengo una cortina que con el rincón forma una alcoba, venía el Cacique como que me quería hablar; pero, como es tan considerado, ni se atrevió á entrar, y yo me hice el dormido. Luego entendí á la madrugada que se quería despedir de mí, pues se había olvidado antes. En efecto, al poco, serían como las diez, oigo un largo cántico, parecido á las tonadas que en Cuba dicen ser indígenas. Parece dice esa tonada que estos karibes fueran de la misma raza de los de las Antillas, venidos de la Florida, como con otras razones se prueba. Al fin de cada estrofa hacía el cantor una cadencia larga, que equivale al *pazos* de Homero ó á lo que dice Fr. Luis de León en el hebreo de los Salmos, i. e., considerad y sentid lo que digo. *Itogolooóoe*, i. e., entenderééémos, i. e., saboreééémonos en lo dicho. ¿A qué vendrá este cántico? me decía, ¿será como que me está exorcizando este *absogeti*, mi vecino? Al minuto de callar él empezaron á cantar los gallos. Hola, dije, es que el *absogeti* anunciaba el cambio de tiempo. Es así que á las tres de la madrugada oí gran alboroto, que todos los varones se iban á la pesca de la tortuga, incluso mi buen Cacique, y hoy ha amanecido el mar más liso que una balsa de aceite.

Cuando me levanté ya había dos indios á la puerta encargados por el Cacique para que me asistieran en la



Misa tocando la campanilla, oficio del Cacique. Ellos se encargaron de servirme la comida, y á cada rato venían á hacerme la corte, si bien yo les dejaba ahí sentados y seguía mis ocupaciones, mientras los muchachos en dos corros, á los dos extremos de la mesa, rezan el Rosario qué me sé yo cuantas veces, yendo unos y viniendo otros, y mientras un niño de siete años enseñaba «Santa María» á un viejecito de más de 130 años (1). Los extremos se tocan. Dice el viejecito que quiere ir al cielo conmigo, y por eso viene á verme todos los días.

Esta tarde llegó de regreso mi famoso vaporcito, que ha gastado diez días para correr cosa de tres. Dios lo ha hecho para darme tiempo y poder salir de aquí cuando yo quería, para ni ser molesto ni quedar poco instruido de esta gente. Al Cacique Carlos desde el tercer día de mi estancia le noté que tenía una barauñda de ideas en su cabeza, que produjeron su efecto á fines de 1911, cuando se presentaron circunstancias oportunas en mi ausencia. Por no poder yo explicarle por falta de lengua tantos perfiles como son necesarios, y por no hacerle daño con mi impropiedad en el lenguaje *karibe*, le propuse que se viniera á Panamá, donde el señor Obispo en inglés le diría lo que yo quería. Accedió, y luego me dijo: «¿Y no podrá venir conmigo mi mujer?—Muy bien, dije, y entonces bautizamos á tu hijito en Panamá.—¿Y sería su padrino el señor Presidente?—Pues, díselo á tu mujer.» Mucho trabajo costó convencerla que saliera de su tierra, alegando que se había de morir, que se le había de reír por su traje, que ninguna mujer salía de su tierra. Al fin la conquistó. Mas hoy me viene Carlos con que ya de ninguna manera quiere venirse.

Los tripulantes del vaporcito han presenciado los adelantos de estos ocho días. Unos 70 muchachos, 12 muchachas y 21 hombres saben *Por la señal, Ave y Santa María* en su lengua, además cantan el «Bendito y Santa María.» Doce muchachos copian el abecedario en la pizarrilla. Todos saludan ya con el «Alabado el Santísimo Sacramento,» besan la mano y se quitan el sombrero ante el Padre y el Cacique; á éste algunos besan la mano. Estas deferencias han hecho que el Cacique me respete mucho, porque lo hago respetar. Eso, la castidad en el trato, que ellos admiran, el hablar únicamente de Dios ó su ley y el despreciar el dinero es lo que me ha dado este ascendiente en lo humano. Lo aprendí del V. P. Ferrer, primer misionero del Marañón, en su historia por el P. Velasco.

A mi vicario José Shec le he entregado, tras el rezo, esta noche mi cruz ó bastón y la estatuíta dicha de San José, para que se quede cautivo el Santo en este Egipto, para que logre de Dios derrocar los ídolos y conservarme la Misión. Queda, pues, el fiscal, encargado de dirigir el Rosario cada noche, según me lo han visto hacer.

*Día 7.*—Vista la negativa de la mujer del Cacique, le pregunté la verdadera y fuerte razón de volverse atrás. «Padre, que los indios son tontos; que los padres de la mujer dicen que los van á murmurar porque salió

una mujer de su tierra; que quieren por eso reñir conmigo; que se va á morir la mujer, etc.» Entonces me fuí á la madre, y tanto le hablé en castellano, que ella no entendía, que se asustó, y luego en *karibe*, y al fin dijo: «Pues, que vaya, porque va con su marido y contigo.» Salimos, pues, hoy de San José de Narganá el Cacique, su mujer é hijo y mis dos futuros sacristancitos, el candoroso Estanislao y el aventajado Leonardo, y fuimos á dormir á orillas de un islote, pasando mala noche.

*Día 8.*—Tras incómodo día en el vaporcito zapato, venimos á dormir en un rancho llamado *Escribano*, donde las tres pobres familias de negros (Nieves Camargo) que allí había, me trataron muy bien, y, rezado el Rosario juntos, quedaron edificadas é inclinaron á los de Santa Isabel, á donde pertenecían, para que más tarde se me aficionaran los del caserío de Santa Isabel, hoy parroquia nuestra, como luego se dirá. Al otro día díjeles Misa, quizá la primera que allí nunca se ha dicho.

*Día 9.*—Pasamos sin beber todo el día hasta Miramar, donde el maligno capitán, negro protestante, y demás tripulación, ó irreligiosa ó protestante, no quisieron pernoctar porque los piadosos negros de ese pueblecito salieron á recibirme pidiendo les dijera Misa. Me hicieron éstos muchos regalos en la media hora que saltamos á tierra. Fuimos á dar á Playadamas. Empeñada la maligna tripulación en que no fuera al vecino pueblo de Nombre de Dios, dijeron que iban á zarpar de madrugada, para que no tuviera allá posibilidad de decir Misa donde mucho la deseaban. Hablé al protestante masón dueño del islote Playadamas, y dijo: «No tenga miedo, Padre, que le dejen. Vaya al pueblo, que yo sostendré á estos mal educados hasta que V. vuelva,» como se hizo. El tal masón se hizo tal, porque el ser masón no es ir contra Dios, sino entrar en una sociedad buena de mutuos socorros, amén de que cuantas más religiones tiene uno más honra á Dios!!! De este honradote hombre á lo civil se hablará más tarde. Otro día me dijo: «¿Usted sabe lo que ha hecho trayendo esa mujer india? Mire V. que los indios le van á matar á V., y aun ella corre peligro al regreso, porque no quieren que ninguna mujer salga de sus tierras.» (Hago notar esto, para que se vea la desacertada intención que últimamente se tuvo de sacar muchachas indias, cosa muchísimo más grave entre estos indios, aun para educarlas religiosamente). Le expliqué todo, y dijo: «Pues dispense, Padre, que me haya adelantado á indicarle todo esto, porque yo, aunque extranjero, como vine joven á estas costas y á estos indios debo cuanto soy (era riquísimo), y les he cobrado cariño, sentiría que V. no les pudiese hacer el bien que pretende civilizándolos; por eso me adelanté. El Cacique Carlos (esa noche con su familia se hospedó en Playadamas, muy amigo del tal Mister Hol) me ha preguntado qué pensaba yo del Padre, para que vea V. si son desconfiados, aunque se muestra, y lo es, tan amigo de usted. Le he contestado que el Padre es bueno y quiere el bien de los indios. Por eso Carlos se determina á seguir el viaje con su mujer á Panamá.» Grandes bienes, como se pretendía, resultaron de la venida del matrimonio.

(1) Este, tiempo andando, se bautizó; se llamó Pablo Olopibia, muy puntual á la Misa los domingos. Este nos dará datos históricos muy interesantes más adelante, para la Historia.



En Nombre de Dios se reunió mucha gente al Rosario de la noche y sermón y á la Misa de las cuatro de la madrugada, y nos regalaron mucho.

*Día 10.*—Tras tanto apuro del negro capitán salimos de Playadamas á las once del día. Felicísimo mar, insolentísima tripulación: ni comida nos ofrecieron. Pernoctamos en Portobello mis indios y yo en el vacío curato.

*Día 11.*—Llegamos á Colón. Como la india anda en ese traje, aunque su marido le ha estirado la pampanilla hasta cerca del tobillo con la tela larga ó *samurru* que le ha puesto, todavía al andar se le ven los dibujos de abalorios con que se tornean las pantorrillas y tobillo; el anillo de oro pendiente de la nariz no lo puede ocultar, ni quitarse nada de eso ni de su abigarrada chambra y variados collares, so pena de que la maten á la vuelta como que renegó de sus costumbres. Así es que les dejé en el vaporcito, y fui por un coche para desde el buque llevarlos al coche y á la casa de las Hermanas de la Caridad, para que los vean los menos posibles y no los avergiencen con risas y admiraciones (1).

Las Hermanas nos trataron muy bien: plátano abundante, mucho arroz, nada de sal, ni adobes, ni carne, pues á las indias les da asco todo eso; los hombres todavía se aplican algo á todo.

## VI

Llegada del Cacique á Panamá.—El Sr. Presidente es padrino del hijo del Cacique —Noticias consoladoras que traen otros caciques —Reembarque de los huéspedes.—Llega un emisario del pérfido Enrique con cartas para el Presidente contra el Misionero.—Contestación del Sr. Presidente.—Juicios originalísimos de unos indios.—Cristiana y humanitaria idea del señor Presidente sobre los indios.

*Día 12.*—El sobresalto que cada golpe del coche producía en la india, creció cuando sentada en el tren empezó á andar. Miraba á todas partes agarrándose, no viendo la causa de tanto correr.

Llevé á mis indios en coche, llegados á Panamá, al Palacio del señor Obispo, donde me hospedó. Recibíolos con gratísima sorpresa Su Señoría Ilustrísima, pues en los veinticinco días que de aquí faltaba no sabían de mí nada y me creían náufrago ó muerto. *Ex omnibus liberavit me Dominus*. Favores todos de San José. Acomodamos á los nobles indios, y se les agasajó mucho destinándoles su pieza. Hubo que ponerles hamacas, pues no sabían dormir de otra manera, y se les preparaba comida á su gusto para que no enfermasen.

*Día 13.*—Fui con el Cacique al señor Presidente de la República, Dr. Amador Guerrero, quien se mostró muy satisfecho del viaje y fruto conseguido. Nos prometió todo su auxilio, y que á ese fin destinaban una partida en el presupuesto, que nos daría animales de cría, chivas, vacas, etc., para nuestro uso, y de lo que se procrease diésemos á los que se fueran casando cristianamente. Dijimos como Carlos traía un niño para

bautizarlo, y luego se ofreció de padrino y añadió que su señora sería madrina. Mas que como estaban la familia de luto en la Sabana, habríamos de ir allá, si Su Señoría Ilustrísima no tenía inconveniente para hacer el bautizo en su capilla. Así se hizo, quedándome no poco edificado de que Su Excelencia contestara tan exactamente al interrogatorio del Ritual y aun dijera el *Credo* en latín. Hicieron luego sus regalos los padrinos á su ahijado y á los padres del niño, que se llamó Amador. Vueltos á casa del señor Obispo también hizo sus regalos á los tres. Quedó Carlos tan satisfecho, que pidió retratasen á la familia luciendo los vestidos que les dieron. Eva, que así se llama la mujer de Carlos, estaba huequísima con el chal que la madrina, D.<sup>a</sup> María de la Ossa, le había regalado.

A mediodía estuvimos convidados Carlos, mis dos sacristancitos y yo en la Normal, que regentaban los Hermanos de la Doctrina Cristiana, donde se estaban educando los diecisiete indiecitos de que hablé. ¡Oh qué regocijo de esos muchachos al vernos y que les traíamos tres grandes sacos de buenas frutas mandadas por sus madres! En la mesa nos obsequiaron mucho los Hermanos. Gozaba Carlos de ver sus ensueños cumplidos, y me recordaba la diferencia de esta gran junta á aquella en que se determinó matar á las mujeres, como arriba dije. El Cacique, acabada la mesa, como es gran predicador, les predicó largo á los educandos sobre que se portasen bien, aprendiesen, respetaran á sus maestros y olvidasen las enseñanzas de sus gentiles padres, porque Dios había de querer que mediante su educación se transformase la karibería ó tierra de San Blas. Ignoraba Carlos lo que más tarde había de suceder, y á su tiempo se dirá.

*Día 14 de Abril.*—Hoy Su Señoría Ilustrísima confirmó al chiquitín Amador, tan gracioso. Es el primer confirmado de la tribu. Ya la madre empieza á salir de su cuarto por los corredores, haciéndose de casa, pues la alegría del corredorcito indiecito le da á entender que ésta es casa de confianza, pues todos los miman á tales huéspedes, desde el señor Obispo hasta el cocinero. Los llevé por las iglesias y al hospital grandioso del Cerro y al cementerio, para en todas partes explicarles lo que se ha de hacer en su pueblo. Todo eso pretendíamos conseguir del viaje.

*Día 15.*—Llegaron á Panamá dos caciques de otras islas. Venían ellos á ver un sobrino, que al fin no vieron, pero Dios los traía para afianzar más á Carlos y al señor Presidente. En efecto, con aquéllos fui á la Presidencia, y contaron cómo el día que salimos de San José de Narganá los gentiles de Playón chico ó Ukunseñi, enemigos del Padre, fueron á Río Mono, hoy San Ignacio de Tupile, pueblo amigo del Padre, y los insultaron á los tupiles porque querían Padre. Estos se defendieron, y, estando una y otra parcialidad en sus cayucos, fué una como batalla naval. Al fin, el Cacique de Tupile empujó al cayuco ó barco del Cacique viejo del Playón, quien viendo á los nuestros con sus machetes tan dispuestos á cerrar con ellos, tomaron la huida, y perseguidos se fueron escapando en sus cayucos.

(Continuará).

(1) En ese tiempo por maravilla venía algún indio á poblarlo; hoy vienen muchos varones, pero no mujeres.



## LAS GRANDES RELIGIONES DE LA INDIA AL LADO DEL CATOLICISMO

(Continuación)

SEPARÁBASE de este común sentir Hillebrandt (1), quien cree que *haoma* pérsico significa la luna, y que por consiguiente el culto de Soma de que hablan los Vedas debe entenderse por culto de la luna. Sea lo que quiera de esta cuestión, en cuyo examen no juzgamos oportuno detenernos, parece probablemente que el poeta Védico que primordialmente dirigía sus cantos á la planta de que hablamos, posteriormente aplicó idénticos epítetos á la luna.

El ofrecimiento del Soma se repite tres veces al día. El dios Indra, intoxicado por él, acomete grandes empresas, y todos los dioses dependen de él, pues de él reciben la inmortalidad. El pone luz en el sol, ilumina las oscuras noches y sustenta al dios Agni. Las obla-ciones principales á Indra se hacen al medio día; á Rib-hus, artesanos de los dioses, por la tarde, y á Agni por la mañana. Esta idea de la mortalidad de los dioses, si no participan de algún licor ó medio de subsistencia, es común á los egipcios. Se encuentra también entre los semitas, mas no tan general. El dios egipcio como el ario muere, si no recibe diariamente el Soma; mas no el dios semítico. Este es más grande y poderoso, se eleva sobre

el hombre, demasiado para que necesite de los auxilios y ofrendas de él para existir. «Los dioses como los hom-bres, se componen de alma y cuerpo; su cuerpo está formado de una substancia más tenue é invisible que la ordinaria, mas dotada de las mismas cualidades y sujeta á idénticas imperfecciones que lo está la nuestra. Ellos están compuestos de huesos, de músculos, carne y sangre como la nuestra; padecen hambre y sed; su-fren las mismas pasiones, tristezas y alegrías; nuestras enfermedades son las suyas. Un flúido misterioso, el *sa* (1), circula á través de sus miembros conduciendo por ellos la salud, el vigor y la vida. Los que lo poseen en más abundancia lo derraman sobre aquellos á quie-nes les falta, y todos lo infunden y transmiten al hom-bre sin dificultad. La transfusión se opera en el templo. El rey ó cualquier mortal que desee participar del flúido, va al templo delante de la estatua del dios, y pós-trase á sus pies, volviéndole el dorso: entonces la divi-nidad le impone la mano derecha sobre la nuca y el flúido se congrega en él como en un recipiente. La ce-remonia no tiene más que una eficacia temporal. Los dioses mismos agotan su *sa* por el uso que de él hacen. La decrepitud y, en fin, la muerte los acaban. Señálan-se sus sepulcros en diversos lugares. Solamente sus al-mas reviven en los templos, ya debido á las estatuas que ellos han animado, ya también á las ofrendas que allí reciben.

Los caldeos ofrecen toda clase de productos agrí-colas á los dioses, se los invita á participar de ellos y hasta á comerlos; pero nunca tal ofrecimiento é invi-tación están animados de la creencia de que los dioses sin tales productos perecerían de hambre ó sed. Así lo asegura el docto y versado en las religiones semíti-cas, P. Lagrange, en las siguientes palabras: «No se crea que las ofrendas responden á una real necesidad de los dioses; antes, por el contrario, lo que el oferente cree es que le serán muy agradables al dios, mas no aceptadas con avidez.

Otro importante aspecto del culto del Soma, es el referente á los muertos, á los antepasados. En el si-guiente himno del Rig-Veda se les invita á participar del sacrificio: 1. Que los padres amantes del Soma, los más humildes como los más excelsos y medios, se le-vanten. 3. Yo os invito, padres sabios; venid presto y sentaos sobre la verde hierba á participar de la bebida que os está preparada. 4. Nosotros hemos preparado estas libaciones para vosotros, dignaos aceptarlas. Ve-nid con vuestra divina protección y dadnos riquezas y felicidad imperecederas. 9. Ven, oh Agni, con todos los sabios y verdaderos padres quienes aman sentarse alla-do del hogar, quienes están sedientos y conocen el sa-



CHINA.—MI RETRATO.

Fotografía enviada por el R. P. Gervais, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París, celoso misionero de Kuang-tong.

(1) Parécenos existir semejanza no solamente entre la doctri-na ariá y egipcia, sino también en la palabra. El soma ario de-rívase de la raíz *su*, que no deja de aproximarse al *sa* egipcio.





CHINA.—PASTORES DE KUANG-TONG Á CABALLO DE SUS BÚFALOS.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Gervais, de las Misiones Extranjeras de París.

crificio y son constantes en sus alabanzas á los dioses. 10. Ven, oh Agni, acompañado de los antiguos padres á quienes placen comer y beber nuestras libaciones y ofrendas." Las citadas estrofas del himno X, quince son suficientes para dar á entender las creencias de los arios sobre el estado de los antiguos padres, es decir, de los difuntos. Admitían los arios que el poder actual de los padres no era extinguido ó acabado después de su muerte. Su presencia continuaba sintiéndose en las antiguas leyes y costumbres, la mayor parte de las cuales se apoyaba en su voluntad y en la autoridad de su persona. Mientras estos padres vivían, sus deseos constituían la ley; y cuando, después de su muerte, se originaban dudas y disputas acerca de la interpretación de la ley, nada más natural y lógico que el recurrir á la memoria y autoridad de los padres para solventar tales controversias.

En los tiempos más antiguos encontramos en Egipto ideas semejantes á las expuestas sobre el culto y ofrendas á los antepasados. Los egipcios creen en efecto que el alma subsiste después de la muerte, y suponen que se apoya sobre su cuerpo habitual ó al menos sobre una exacta reproducción de él. Esta creencia nos da la clave para la fácil inteligencia del embalsamamiento, tan universalmente practicado en las regiones bañadas por el Nilo, y, al mismo tiempo, nos da la razón porque ni semitas ni arios han intentado, al menos en la generali-

dad de los casos, la conservación de los cuerpos. Entre los arios, desde los tiempos védicos, estaba en vigor la cremación (1). Los egipcios, por el contrario, quieren salvar á todo trance los cuerpos de la descomposición y aniquilamiento. Primeramente se le amortajaba en el desierto; la piel, poco á poco seca y endurecida, se cambiaba en una especie de pergamino negro, bajo lo cual las carnes se consumían lentamente; el cadáver permanecía intacto por el exterior, y su integridad revelaba la del alma. Después se recurría al embalsamamiento; se extraían las vísceras del muerto, colocándolas en un receptáculo convenientemente dispuesto bajo la protección de los cuatro hijos del dios Horus, á fin de que ni el hambre ni la sed atormentasen en lo futuro el cuerpo; se sustituye el corazón por un escarabajo de piedra; se impregna el cadáver de natrón y betún; se le envuelve en venas de lino y se le introduce en un sarcófago de cartón, madera ó piedra; se atraviesa procesionalmente el Nilo para conducir la momia á la tumba, los sacerdotes la purifican, le ofrecen una puerca y un corazón de toro, y, finalmente, la abren los ojos y la boca; de este modo el muerto podrá gozar de las ofrendas que le serán hechas y, sobre todo, del con-

(1) En los tiempos védicos, escribe Max Müller, l. c., los pueblos de la India quemaban ó sepultaban sus difuntos, practicando ciertas ceremonias que, algún tiempo después, fueron sometidas á estricta regla.



vite ritualístico que ponía término á esta ceremonia. Mas es preciso, á fin de que la momia esté en perfecta seguridad en el sepulcro, porque ésta debe ser su morada eterna. Las tumbas solían ser de sólida construcción, capaces de vencer la acción del tiempo y los atentados de los ladrones. Al principio los hijos y los abuelos tomaban el cuidado de los sepulcros; muchas veces los grandes personajes, siguiendo el ejemplo de los reyes y por una fundación perpetua, aseguraban el servicio de su tumba. La de Mereruka estaba custodiada por 47 sacerdotes. Detrás de la tumba había un aposento en donde se colocaban las ofrendas, cuya entrada se procuraba dificultar por medio de pasillos entrecruzados, que solamente un iniciado podía atravesar llegando al término en que descansaba la momia. Mas la seguridad no era aún perfecta; ¡todavía se sospechaba que la momia podía desaparecer! En vista de tan terrible evento se extremaban las precauciones hasta colocar estatuas muy parecidas y semejantes á la momia, en un pequeño recinto contiguo, pero separado del aposento en que estaba el sarcófago. De este modo, los no prácticos, aunque intentasen un robo, difícilmente le consumirían. Con tal estratagema perpetuaban los egipcios los cadáveres de sus padres, no perdonando trabajo ni cuidado para preservarlos de la destrucción. Solamente á la luz de este principio se entiende la complicada religión funeraria, los sarcófagos con los laberintos que á ellos dan acceso y las innumerables estatuas que en ellos los modernos descubridores han encontrado. El embalsamamiento llegó á su perfección en este país muchos siglos antes de la Era cristiana.

De este modo creían sobrevive el alma. Su más antiguo nombre es Ka, el duplo: la concebían ya como el duplo del cuerpo, ya como su sombra: es un cuerpo flúido, aéreo, que se amolda exactamente al cuerpo material y le reproduce. El alma tiene necesidad de alimentos para vivir y de protección contra los enemigos y dioses que la acosaran en su camino hacia Osiris. Mas si ella sabe pronunciar las expresiones mágicas con la emisión de la voz y entonación correctas, fácilmente triunfará de sus enemigos, desafiará todos los peligros, no sufrirá ni hambre, ni sed, las puertas se abrirán franqueándola la entrada: ella conoce los nombres. Todo, empero, depende de la conducta de sus sucesores, del cuidado que éstos empleen en levantarle un sarcófago perfectamente protegido y asegurado contra las violaciones y atentados de alevosos enemigos y audaces ladrones.

La raza semítica nos ofrece un fenómeno enteramente distinto del que acabamos de presenciar en Egipto. Los semitas no han tratado nunca de perpetuar el cuerpo.

Los muertos es cierto dependen ya de la protección de los dioses, ya de los parientes que permanecen en la vida. Las almas sobreviven separadas de los cuerpos, mas asociados á una sombra del mismo. Esto no es afirmar que ella sea inmaterial, antes por el contrario ellos creían que comía y bebía; ni tampoco se establece distintamente su inmortalidad, ella está expuesta á perecer, á morir. El alma, sin embargo, es distinta del cadáver y hasta un cierto grado independiente de él. Los babilonios la creían una especie de demonio, *ekimu*. Para satisfacer de algún modo las dos indicadas necesidades del alma, los caldeos daban sepultura al

cuerpo, lo enterraban sin más preparativos ni embalsamamientos; de este modo el alma, que está en la sangre, no estará expuesta á peligros; y el difunto podrá recibir de sus descendientes los alimentos que le son necesarios y que no puede adquirir sino por el intermedio del sepulcro; y así, sobre todo, el alma será introducida por el cuerpo y con él, en las regiones subterráneas en donde ella deberá vivir para siempre. ¿Cuál será en este lugar subterráneo su condición? ¿Será dichoso ó desgraciado? Estos problemas, que hoy se designan con el flamante título de escatología, los resolveremos en el próximo artículo, en el cual recorreremos y estudiaremos como lo vamos haciendo en los anteriores, las opiniones de las tres grandes razas egipciaca, semítica y aria sobre tan importante materia.

## VIII

ESCATOLOGÍA VÉDICA. — YAMA. — EL PRIMER HOMBRE MORTAL. — EL REY DE ULTRATUMBA. — CIELO. — SUS GOCES. — INFIERNO. — SU CARÁCTER.

Una de las más antiguas creencias del pueblo ario, como la encontramos consignada en el Rig-Veda, es la referente al mundo de los Espíritus separados. Creían los arios que sus padres y madres, al romper los lazos que los unían á este mundo, partían á un ultra-mundo, doquiera él esté, ya en el Este, de donde los brillantes devas parecían proceder, ya al Occidente, llamado el reino de Yama ó el del sol poniente.

Tan esencial parte juega en todo el aparato de teología védica y ritualismo brahmánico, que todos los dogmas de la primera y ceremonias del segundo hallanse informados por la creencia de que hablamos. Sin embargo, los empedernidos evolucionistas no han visto ni rastro de ella en las religiones Indo-Europeas ó Semíticas. De esta afirmación, por lo que respecta á este último pueblo, es responsable Renán (1); por lo que hace á los Indios lo es Mr. Herbert Spencer (2). La mejor refutación que de estas afirmaciones podemos presentar á nuestros instruídos lectores, es la del tan imparcial como docto escritor Max Müller. «Páreceme imposible, dice, que cualquiera que haya abierto una vez siquiera un libro sobre la India, haya emitido tales juicios. En el Rig-Veda encuéntranse himnos dirigidos á los *Padres*. En los Brahmanas y Sutas, extensas descripciones sobre el culto debido á los *Padres*. Los poemas épicos, los libros legales, los Puranas, todos rebosan de alusiones á los ofrecimientos á los antepasados. Toda la fábrica social de la India, con sus leyes de la herencia y matrimonio, descansa sobre la creencia en los *manes*» (3). Y el autor concluye que sobre este punto el antropólogo puede aprender en el Veda más que en cualquier otro libro.

Entre los Persas encontramos asimismo la antiquísima creencia de los *fravashis*. Son éstos los *genios* ó espíritus de los muertos, los cuales dividen en buenos y malos, siguiendo la clasificación de los dioses. Entre los Griegos de la época ante-homérica, es indudable que existía idéntica creencia. «Las almas de los muer-

(1) Histoire du peuple d'Israel, I, 130 passim.

(2) Principios of Sociology, p. 313.

(3) What India can teach us pág. 222.

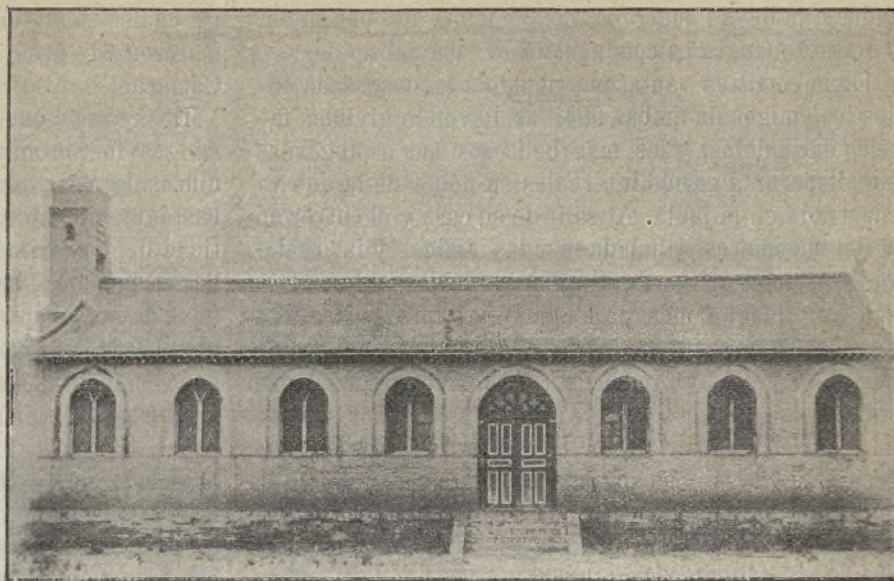


tos no son dioses; son sombras desgraciadas y peligrosas; para detener su cólera se les hacen ofrendas que les ayudan á pasar su vida triste. Los muertos viven en los Hades, en donde no hay claridad. Los antepasados, comunes á muchas familias, reciben un culto doméstico cotidiano» (1). De las creencias de los Romanos sobre el particular juzgo innecesario ocuparnos, pues sobradamente sabidas de nuestros lectores supongo las siguientes palabras de Cicerón (De Leg. II. 9, 22): «Deorum manum jura sancta sunt; sos lito datos divos habento.» ¿Fundados en qué argumentos los evolucionistas han llegado á la conclusión que dejamos apuntada?

FR. BRUNO DE SAN JOSÉ,  
Carmelita Descalzo.

(Concluirá).

(1) Hist. des Religions Païennes, t. I, pág. 120 nota.



MOGOLIA ORIENTAL (CHINA). — Iglesia católica en Porobagalson, capital del reino de los Mogoles Othok. — Fotografía enviada por el R. P. Braam, de la Congregación del Inmaculado Corazón de María de Scheut-les-Bruxelles.

## AFRICA ESPAÑOLA.—UNA BODA MUSULMANA EN TETUÁN



Las pasadas se celebró en esta ciudad de Tetuán una boda de moros, que por la calidad de los novios, por la esplendidez de los convites, número de invitados, riqueza de los regalos y otras circunstancias más, bien merece ser conocida.

Los novios pertenecen á la alta aristocracia moruna de Tetuán. En nuestra gloriosa campaña del 60 la casa de los padres de la novia fué la residencia del general O'Donnell durante su permanencia en la plaza, por ser entonces la mejor y más hermosa de la población, y aún hoy sigue siendo una de las principales y por lo tanto muy visitada de los turistas y forasteros que vienen á este país. Su dueño se llama Si-Abd-el-Káder Ersini, moro noble, caballero y amigo de los cristianos. Una hija suya se casó con el hijo de otro moro, muy rico, que fué varios años gobernador de Tetuán y su bajalato, y es hoy súbdito español, condecorado con la Cruz de Isabel la Católica. Llámase Si-Abd-el-Krin Lebady.

Como es costumbre entre los moros, cinco días antes del casamiento la novia manda á la casa del novio los muebles suyos, consistentes en colchonetas, alfombras, grandes espejos y una caja especial arabesca con sus vestidos, fajas y alhajas; todo lo cual, unido á los regalos que recibe el novio, sale en procesión por las calles para que todos admiren su número y riqueza.

Pues bien; el casamiento fué el jueves, y el domingo anterior por la noche salieron de la casa de Lebady qué sé yo cuantas mulas, pues no me fué posible contarlas,

cargadas con los regalos. Rompían la marcha muchos moros con grandes faroles y hachas encendidas, seguía la música tocando sus chirimías y tambores, luego la interminable recua de mulas ricamente enjaezadas y cargadas con las alfombras y demás regalos, y además muchos faroles encendidos para iluminarlos, y terminaba con otra música como la primera. La procesión fué á la casa de la novia por unas calles y volvió á la del novio por otras en medio de cantos, disparos y músicas. De regreso en casa de Lebady, en el grande y hermoso patio que tiene, los moros más notables de la concurrencia se pusieron en semicírculo é hicieron varias inclinaciones y reverencias al novio y á su padre y suegro, dándoles mil parabienes, manifestándoles su satisfacción y haciendo votos por la felicidad de los novios. Nosotros, que también estábamos presentes, hicimos lo mismo, y después todo el mundo se declaró en retirada.

Concertado ya de antemano el matrimonio entre los padres de los novios y convenidas las condiciones del contrato, después de hecha la pública y solemne manifestación de los regalos, la novia pasa los cuatro días que faltan para la boda preparándose con baños, afeites, perfumes y pintura de cejas, uñas, manos, etc., hasta que llega el día designado, que siempre es jueves ó domingo. Al llegar el momento supremo, la principal de sus esclavas la mete en la *ammaria* para ser conducida á casa del novio. La *ammaria* consiste en una especie de jaula de madera de un metro cuadrado próximamente, cubierta de telas y pañuelos de seda de vivos colores. En esta jaula se encierra á la novia para preservarla de miradas indiscretas, colócasela en unas



andas que llevan cuatro moros ó encima de una mula, y de esta manera es conducida á la casa del novio.

En la comitiva van acompañando á la desposada todos los amigos de ambas familias, llevando grandes faroles encendidos, y los más belicosos sus espingardas que disparan á cortos intervalos en honor de la que va encerrada en la jaula. Al salir de su casa y al entrar en la del marido, es saludada por las amigas y las esclavas con unos gritos de alegría parecidos al *aturuxo* gallego, aunque más prolongado y trinado. No falta nunca en estas ceremonias la charanga moruna compuesta de gaitas y tamboriles; y aquí en Tetuán, unas trompetas que preceden á la comitiva con unos sonidos poco agradables por cierto. Llegados á la casa del esposo, la esclava más forzada saca á su señora de la jaula sin que nadie la vea, y la conduce á hombros á la cámara nupcial, á cuya puerta se halla el marido con el brazo tendido horizontalmente, á fin de que al entrar pase la novia por debajo en señal de sumisión.

Una vez en casa ya la desposada, comienzan los convites, amenizados siempre con la orquesta moruna, compuesta de violines, grandes y chicos, guitarras, panderetas y castañuelas, cantando al mismo tiempo alabanzas á los novios. En la boda que nos ocupa, el padre del novio invitó á casi toda la colonia española á un gran festín, que presidió el Cónsul de España. Celebróse en un gran salón magníficamente alfombrado, decorado y tapizado con soberbias telas de brocado y más de 50 grandes espejos; sirviéndose una espléndida comida á la europea, en la que no faltó nada y sobró de todo. Siguiéronse después las comidas á los moros, para

las cuales se mataron ¡pásmense nuestros lectores! se mataron 74 carneros y 1,400 gallinas. ¡Ni las Bodas de Camacho!

Los regalos que los novios recibieron de los moros amigos fueron muchos y valiosos: varios espejos magníficos de más de medio cuerpo, muchas colchonetas y bastantes alfombras. La novia recibió una buena cantidad de onzas de oro, libras esterlinas y luises, de collares, pulseras, brazaletes y anillos de oro y plata, de fajas de seda bordadas en oro y plata, y babuchas también bordadas en oro y plata, pero en tanta cantidad que llenaban una habitación.

Ahí tienen mis amables lectores cómo celebran sus bodas los moros ricos de Tetuán: en ninguna otra población de Marruecos he visto tanto aparato, tanto lujo, tanta esplendidez y tanta riqueza.—Pero, ¿qué vale todo esto si se mira cristianamente? Los católicos celebran sus casamientos sin tanta vanidad, sin tanto aparato, pero con más piedad, con más religión, porque no ven en el matrimonio sino un Sacramento divino, firme, indisoluble; mientras que los moros lo tienen como un contrato natural, ó mejor, como una compra que el hombre hace hoy de una mujer para dejarla mañana y tomar otra. ¡Oh! bendita sea la Religión católica que ha santificado el matrimonio de los cristianos, y les da gracias especiales para amarse los esposos hasta la muerte, para criar los hijos en el temor de Dios y para ganar el cielo.

FR. AVELINO MUÑOS.

Tetuán (Marruecos), 17 Noviembre 1911.

(De El Eco Franciscano).

## La revolución en China

(Conclusión.)



YUAN CHE-KAI es presidente de la República china!... ¡Admírate, amigo lector, con el cronista de LAS MISIONES CATÓLICAS, de la facilidad pasmosa con que el primer Ministro del Emperador de China, el mejor amigo y el más firme sostén de un trono en peligro pasa á ser suavemente, amistosamente, primer Presidente de la República de China!

El cronista tiene para sí que cual otro Octavio Augusto, el gran Yuan-Che-Kai podrá el día que vea afianzada su Presidencia-Imperio exclamar satisfecho dirigiéndose á sus comparsas ex-coletas: «He representado bien mi papel: aplaudid.»

—Pero ¿y cómo ha sido eso?

—Pues de la manera más natural y sencilla del mundo. Juzgando por las apariencias, Yuan-Che-Kai desde el día primero en que ocupó la presidencia del Consejo de Ministros imperial, no cesó un momento de decirle á la pobre Emperatriz viuda, que, á juzgar por los decretos que ha hecho firmar á su hijito el Emperador debe ser una buena señora; no cesó un punto de decir-

la: «Majestad, esto va mal: el pueblo es republicano; hoy tal general me escribe pidiéndome que aceptemos la República, mañana... etc., etc., etc.; introducciones que acabarían siempre con el mismo para el trono fatal estribillo: Majestad, creo que en vez de esperar á que os echen, obraríais cuerdaamente abdicando.»

Y dime, amable lectora, si tú fueses Emperatriz viuda, y tu primer ministro, el hombre en quien has depositado toda tu confianza, te aconsejara con insistencia y fundando su consejo en la teoría del mal menor, que abdicaras, que reconocieras la República, ¿qué harías?

Pues esto mismo ha hecho la Emperatriz. A continuación traduzco el decreto célebre por el cual renuncia, digamos voluntariamente, al trono una dinastía que sé yo cuantas veces secular, que si era odiada de los chinos puros, era querida de los Mongoles, y que si era culpable de muchos males, quizás aconsejada por hombres de buena voluntad hubiera sido madre de muchos bienes.

Dice así el Decreto en cuestión:

«De S. M. la Emperatriz Madre hemos recibido el siguiente Decreto:



«Hace algún tiempo, al enterarnos de que á raíz de la explosión de la revolución de los republicanos las provincias habían respondido al movimiento en perjuicio de la vida del pueblo, Nos mandamos especialmente á Yuan-Che-Kai que delegara un funcionario para que discutiera con el representante de los republicanos las cuestiones políticas en litigio. A Nos se nos propuso y aceptamos la convocatoria de la Asamblea nacional para decidir qué forma de gobierno era la que mejor le convenía á China. Pero han pasado desde entonces dos meses, y la cuestión política no ha sido arreglada como conviene. El Sud y el Norte se han separado, y entre ambos reina la discordia, consecuencia de lo cual los comerciantes han debido interrumpir sus transacciones y los guerreros hacer vida de campaña. Lo indudable es que en tanto no esté definitivamente resuelta la forma de gobierno que debe establecerse en China, el pueblo vivirá en constante intranquilidad. Hoy los habitantes de todo el Imperio están en favor de la república. Las provincias del Sud han luchado las primeras por el establecimiento de la República, y los generales del Norte han aprobado su conducta. Pues que el Cielo y el pueblo están en favor del régimen republicano, ¿cómo es posible que Nos tuviéramos crueldad de corazón bastante para empeñarnos en guardar nuestra nobleza en contra del deseo de los incontables habitantes del Imperio? Bien impuestos de la situación actual y de la opinión pública, de acuerdo con el Emperador, Nos entregamos al pueblo el poder soberano, y proclamamos la República para dar satisfacción al pueblo que pide paz, y para seguir las huellas de nuestros antepasados santos Emperadores, que declararon siempre que el Imperio era de todos. Yuan-Che-Kai ya fué elegido presidente del Gabinete responsable por la Cámara Tseutsen-yueng. Hoy que la China cambia de régimen político, el Sud y el Norte deben marchar unidos. Nos investimos á Yuan-Che-Kai del poder soberano para que forme un Gobierno provisional junto con los republicanos, que devuelva al pueblo y al Imperio la perdida tranquilidad. Que los manchúes, los chinos, los mongoles, los musulmanes y los tibetanos se unan para formar la gran República de China. Nos y el Emperador viviremos retirados, siempre rodeados, así lo esperamos, del respeto del pueblo, y seremos testigos de la grandeza de la China republicana.»

El 25 día de la doceava luna (12 Febrero), fecha del traducido Decreto, quedó, pues, proclamada por el Emperador de China la República de China.

Y queda, lector amigo, cumplida la misión que me

propuse al empezar estas crónicas, que no fué otra que contarte las luchas de republicanos y monárquicos hasta el triunfo definitivo de uno de ellos.

—Pero ¿será definitivo este extraño *triunfo* republicano?

—Lector, no pocas, sino muchas dudas abrigo de que lo sea, y además las tengo también de si el imprescindible Yuan-Che-Kai, este hombre *fenómeno*, á quien todos, monárquicos y republicanos proclaman su jefe, hombre cuyo amor á China y cuyo odio al inútil derramamiento de sangre son dos de sus indiscutibles virtudes: pues tengo también mis dudas de si resolverá aprovechar tanta preponderancia para un día proclamarse ó rey ó emperador.

¡Allá ellos! á nosotros bástenos saber que el nuevo régimen tiene tela cortada para rato antes no logre desarmar y reducir á obediencia los millares de vagabundos, mendigos, y, en general, hijos de la miseria y del vicio, que vestidos y armados á título de soldados de la República, han gozado largos meses los encantos de una campaña fácil y de una paga espléndida... para un chino. ¿Se dejarán arrebatar las armas sin defenderlas estos *héroes* de 18 á 20 años, coroneles de 17 y generales de 21, convencidos como están de que gracias á ellos ha triunfado la República?

Yuan, el hombre-prodigio, el gobernante que en el Norte del ex-Imperio tenía y tiene un ejército capaz de aplastar fácilmente todos los, llamémosles ejércitos, republicanos del Sud; Yuan, el chino más experimentado, el más rico en recursos, el único gobernante que goza de la confianza de los negociantes y de los banqueros, el único á quien éstos facilitan dinero abundante, Yuan-Che-Kai, así lo esperamos, sabrá salirse de tanta dificultad.

Y nosotros, monárquicos convencidos, nosotros que no podemos sufrir que un *parvenu*, un Fallieres cualquiera, nacido para vender y comprar, represente el supremo poder de la nación, sino que creemos que el que llegue al más alto poder ha de haber sido desde su más tierna infancia educado para rey; nosotros, amigos siempre de la verdad, diremos para terminar estas crónicas, que para la causa de la civilización en general, y en particular para la causa del Catolicismo, que á nosotros es la que más nos interesa, el triunfo de la República en China será un bien.

A creerlo nos induce la manera tan norteamericana como tienen los nuevos gobernantes de entender la libertad, y las manifestaciones de Yuan Che-Kai que leemos en varios periódicos, y que creemos ciertas, favorables en absoluto al Cristianismo.—M. C. G.

## DE LA GUINEA ESPAÑOLA

### FRUCTÍFERA LABOR DEL MISIONERO HIJO DEL I. CORAZÓN DE MARÍA



OMENZANDO por Santa Isabel, que es el centro del Vicariato, veremos que los Padres de esta casa, á pesar de los ímprobos trabajos que supone una Misión en la capital

de la colonia, en donde han de prestar todos los servicios del clero parroquial y ser además la cabeza que dirige todas las otras Misiones y el corazón que hacia ellas impulsa la savia vital, no descuida los otros tra-



bajos del ministerio, siendo su colegio el más floreciente y catequizando diariamente buen número de catecúmenos.

Muy cerca de Santa Isabel se encuentra Banapá, cuyo campo de acción es vastísimo, cuidando constantemente de dos reducciones, Zaragoza y Basupú, y en esta última está casi constantemente un Padre, habiendo logrado formar un pueblo muy floreciente que promete ser una gloriosa cristiandad.

Rebola, que pertenece á la Misión de Basilé, hasta hace poco tan refractaria á toda civilización, busca ya con avidez al misionero, y es increíble el afán que gran número de sus habitantes muestran por convertirse. En Baney, según los indicios, se van notando ya los maravillosos efectos de la Divina Gracia, pues sus habitantes se imponen verdaderos sacrificios á fin de que el misionero pueda edificar muy pronto una capilla en aquel distrito.

En la parte oriental de la isla veremos la Misión de Concepción con sus tres reducciones y un misionero que infatigable las recorre, habiendo despertado en todos los pueblos del distrito grandes deseos de instruirse y convertirse.

Al Oeste de la isla está en primer lugar San Carlos, que con muy copiosos frutos desarrolla su actividad en el distrito de Basakato, uno de los más importantes de Fernando Póo, y en Toplapla. Cerca de Moka está Musola, que ha formado junto á sí un pueblecito cristiano. Más hacia el Sud la célebre Misión de María Cristina, con su pueblo fundado por ella, que cuenta ya más de 800 católicos. No parece sino que, gracias á Dios, ha llegado la hora de la conversión de los Bubis.

Si pasamos al continente, encontraremos la Misión de Cabo San Juan, cuyos viajes por mar y tierra son casi continuos, y veremos que se alegran contemplando el saludable movimiento que se opera sobre todo entre bapukus.

Allí está Río Benito con sus 5,000 almas esparcidas por unos 40 kilómetros de playa hacia el interior, con

su próspera reducción del Hanje, en donde ya existe una floreciente cristiandad.

Pero entre todas, por su vastísima jurisdicción, sobresale Elobey, cuyas excursiones evangélicas se realizan al interior de los ríos Utamboni, Otoche, Utongo, Bañe Kongüe, Mandjani, etc., etc.

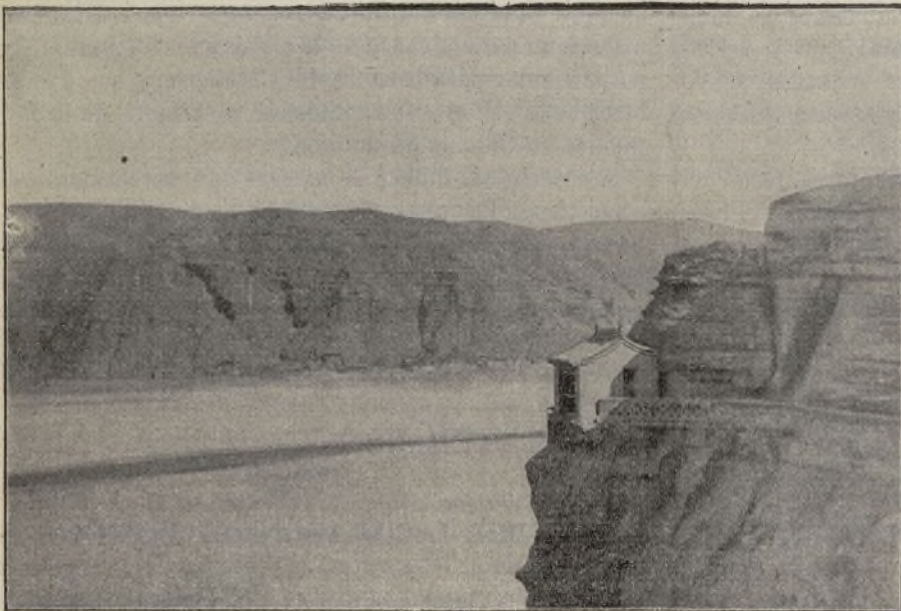
Corisco, sin tener tan vasta jurisdicción, recorre constantemente los pueblos que le están sujetos: hay allí además un colegio de niños y otro de niñas. Solitaria y casi incomunicada está la isla de Annobón, á donde va el misionero para que no perezca aquella porción del rebaño de Jesucristo.

Cada una de estas casas cuenta con su colegio de niños, los cuales, después de instruirse, vuelven al seno de sus familias, convirtiéndose algunos de ellos en fervorosos apóstoles.

Y ¿cómo no hacer aquí mención de las reverendas Madres Concepcionistas y de sus tres casas-colegios, á más del hospital de Santa Isabel, en los cuales dan instrucción esmeradísima á un sinnúmero de niñas destinadas á formar cristianas familias, lisonjera esperanza, ó mejor, aurora ya del hermoso día en que Jesús ha de ser conocido y amado de los que hasta ahora sólo rendían culto á los espíritus infernales?

San Antonio de Ureka: éste es nombre de uno de los distritos hasta hoy casi completamente desconocidos, pero que, gracias á la intrepidez y celo apostólico del Rdo. P. Francisco Onetti, llegará á hacerse familiar á los que siguen con interés la meritoria labor del misionero. Tal vez en otra ocasión diremos algo de la interesante historia de este distrito, de sus costumbres, del entusiasmo y docilidad con que siguen el llamamiento de la gracia y del deseo é interés que muestran por instruirse en las verdades de nuestra Santa Religión y aprender la hermosa lengua de la patria. Por hoy sigamos al P. Onetti en una de las excursiones que hizo al Sud de la isla, llamado para dar los últimos Sacramentos á uno de sus dos catequistas que se encontraba moribundo. No es fácil describir las innumerables pe-

nalidades que se han de sobrellevar en estas apostólicas excursiones. Llegó el Padre con otros dos hombres que le acompañaban á la orilla de uno de los ríos que hay que atravesar en el trabajoso viaje, y para que no los arrastrase la corriente fué menester que los tres se agarrasen fuertemente, pues aun en la marea baja el agua les llegaba en algunos lugares hasta la boca. Llegado á las playas urekanas fueron muchos los que acudieron á recibirle en el camino, pues estaban ya avisados de la venida del Padre. El primero que le salió al encuentro fué el travieso Roberto. Vivaracho como una ardilla, de ojos inquietos y chispeantes, no se le ve cinco minutos quieto, llegando su travesura hasta la



MOGOLIA.—PAGODA CHINA Á ORILLAS DEL RÍO AMARILLO.—Reproducción directa de fotografía enviada por el R. P. Werwilghen.



misma escuela, por lo que se ve obligado el misionero á darle las lecciones aparte; ya en el bautismo el Padre Onetti le puso el nombre de Roberto, por alusión á la fábula «Roberto el diablo.» Pues éste fué el primero que salió al encuentro del Padre, á pesar de sus sólo ocho ó nueve años. Acercóse lleno de alegría á besarle la mano, y mientras alargaba la derecha, con la izquierda iba rascando la cabeza con ademán de decir: «Inauguración de la nueva temporada de coscorrónes.» Tienen esto de bueno los niños morenos, que, si se les castiga con motivo y moderación, lejos de retraerse se hacen más obedientes y hasta cariñosos, sobre todo si al portarse bien se les hace una caricia ó se les da algún regalito, á veces una de estas batas que caritativas señoritas de España cosen con sus propias manos, haciéndoles caer en la cuenta de rezar por los bienhechores. Allí siguió el P. Onetti catequizando á aquellos sencillos habitantes con su acostumbrado celo, lo cual nos dará materia para ocuparnos de San Antonio de Ureka en otra crónica.

En el Norte de la isla de Fernando Póo el reverendo P. José Gironés ha emprendido con verdadero tesón una obra que, si la corona el éxito, como esperamos, ha de ser de grande gloria para Dios, pues trata de dar un paso decisivo en la conquista para Jesucristo de uno de los distritos importantes de la isla, cual es el distrito de Baney. Antes que él otros misioneros visitaron repetidas veces aquellos poblados, sumidos todavía en la oscura noche del gentilismo, los cuales con sus sudores, y alguno con menoscabo de su salud, sembraron la salvadora semilla del Evangelio, y aunque tuvieran el consuelo de ver que no caía en tierra del todo estéril, hasta hoy no se han podido recoger los abundantes frutos que está prometiendo: los indicios son de que se acercan los alegres días de la cosecha. Si el Señor conserva la salud al abnegado misionero de Baney, pronto podremos comunicar gratas noticias á nuestros lectores. Las últimas que se han recibido del distrito de Baney son de que se trabaja con interés por parte de

los habitantes en el arreglo de la comenzada reducción; pero, como no todo puede hacerlo el trabajo de los pobres indígenas, si falta el dinero para comprar el material, no adelanta la reducción tanto como sería de desear para ponerse pronto en condiciones de residir allí el misionero sin tanto peligro de perder la salud.

Unos pasos más adelante anda el Rdo. P. Luis Ribas en su reducción de Egombegombe, pues tiene el consuelo de verla ya terminada, no sin haber pasado por los mayores trabajos y sinsabores, de los cuales sólo Dios lleva la cuenta, pues los indígenas, aunque deseaban y prometían mucho, cuando llegó la hora de ayudar con el pequeño óbolo de la limosna ó prestación personal para el trabajo, se vió que no llegaba á tanto su espíritu de sacrificio, lo cual tampoco es extraño, porque los pobrecitos no pueden conocer aún el bien que ha de venirles por las enseñanzas de vida eterna que les lleva el misionero. Pero la capillita, gracias á Dios, se hizo; y en aquel humilde lugar á donde no se desdeñará de bajar el Rey del cielo, entre el murmullo de la oración se mezclarán los nombres de D. Magín y D. Francisco Fábrega, de Barcelona, que con sus limosnas han sido parte muy principal para que se concluyese felizmente aquella capilla en donde se ha de dar tanta gloria á Dios y en donde mediante las aguas del santo Bautismo muchas almas sujetas á la esclavitud del demonio pasarán á ser hijas de Dios y herederas del cielo. Ahora podrá el P. Ribas con gozo y alegría recoger el fruto de los grandes trabajos y sacrificios que le ha costado esta reducción. Las fiestas de su inauguración, que se haría del 15 al 20 del pasado Enero, prometían ser solemnísimas y realizadas por la presencia del ilustrísimo señor Obispo, pero de ellas no nos han llegado noticias todavía.

Nuestro ilustrísimo Prelado se encuentra visitando las casas de la costa; el Señor le proteja en los continuos viajes que emprende sólo por su gloria.

J. BAUTISTA, C. M. F.

## ESCENAS DE TANGER



Los días de mercado suele verse en el zoco á varios juglares que con su charla entretienen á una porción de moros, casi todos campesinos.

Son estos juglares indígenas de mucha verbosidad, y, al parecer, bastante instruidos en las historias del país.

En medio de un círculo formado por el auditorio, el juglar relata hechos que por lo general él mismo inventa. Los oyentes le escuchan con la boca abierta de un palmo, celebran con estrepitosas carcajadas sus ocurrencias, y si no les agrada lo que dice, no falta quien proteste en voz baja.

Cuando el orador observa que á pesar de su elo-

cuencia nadie se mueve á darle algo, exclama: «A ver si de arriba cae lo que necesito, que de abajo... ya puedo esperar sentado.» Ordinariamente acompaña sus relatos, bien con golpes en destemplado tambor, bien pulsando las desafinadas cuerdas de no sé qué instrumento músico parecido á una bandurria.

Cierto Padre Misionero, que posee muy bien el árabe, me dijo que á uno de estos juglares le había oído referir con todos sus detalles la vida de mi Padre San Francisco de Asís, siendo extraordinario el pasmo que en el auditorio produjo el relato de la predicación del Santo á los peces, y su dominio sobre el famoso lobo de Eugubio. Claro está que el juglar pintaba al Seráfico Patriarca como á uno de los más grandes Xerifes del





AFRICA ESPAÑOLA.—R. P. Fr. José Álvarez de San Antonio, fundador y primer Presidente de la Misión Católica, últimamente establecida en Al-cázarquebir.—Reproducción directa de fotografía enviada por el P. fray Buenaventura Díaz, O. F. M.

Imperio, intercalaba ridículas anécdotas y usaba hipérboles en extremo orientales.

Los europeos que desean aprender el árabe procuran asistir á estas *conferencias*, y así me consta lo hacía el P. Lerchundi, autor de la incomparable Gramática marroquí; pues como los juglares tienen tanta mímica, por ella solo se deduce lo que quieren expresar, aun cuando no se les entienda lo que dicen.

Yo también de buena gana les escucharía, pero no deja de ser esto un compromiso para el pobre fraile sin dinero, porque apenas observa el juglar que se hallan cristianos en el auditorio, en seguida les presenta la bandeja, cayendo mil improprios sobre el infeliz que no deposita siquiera cinco céntimos.

FR. BUENAVENTURA DÍAZ,  
Misionero de Marruecos.

Tánger, Marzo, 1912.

## LOS HERMANOS COREANOS

EPISODIO DE LA HISTORIA DE LAS MISIONES DE COREA

POR EL P. JOSÉ SPILLMANN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(Continuación)

### 5.—En Pekín

**S**EGÚN el gran mandarín lo había previsto, así sucedió. Kim fué nombrado embajador y su hijo obtuvo permiso para acompañar á la embajada, aunque el mandarín del tribunal, Lamen, levantó su voz contra este permiso en presencia del rey, y Lao-lu, el primero de los bonzos, amenazó á éste con la más dura venganza de los dioses irritados. Pues era manifiesta la intención de Kim-mun de introducir peligrosas novedades y una religión extranjera contraria á la de Buda. Pero el rey, que demostraba mucha indiferencia acerca de las cosas del gobierno, era demasiado apático para revocar la orden que había dictado, y tenía ilimitada confianza en el gran mandarín. Solamente dijo: «Kim-mun, no quiero pependencias con los bonzos. Tú y tus amigos, que sois ratones de biblioteca, podéis pensar como queráis, pero no habéis de tocar á la religión del pueblo.»

Entretanto Kim y su hijo Kim-y se disponían para el viaje. Casi más aún que su primo se alegraban Yn y Kuan. «¡Cuánto me alegro de que vayas á Pekín! Por vida mía que te acompañaría de buena gana, sólo por ver á los sabios del Occidente y oír de su boca la doc-

trina del Señor del cielo; pero me contentaré con oírtela á ti cuando vuelvas, dijo Yn. Sin duda debemos esta dicha á la intercesión de la gran Señora, á quien Kuan y yo hemos invocado todos los días juntamente con nuestra madre. No te olvides de preguntar muy circunstanciadamente sobre todas aquellas cosas que no hemos comprendido en el libro de Tschai-pe, en especial acerca del modo de derramar el agua para que el alma sea purificada del pecado, y la significación de las palabras: «Santificarás el día del sábado» (los coreanos no dividen el tiempo en semanas; así no tienen idea de que sea el sábado), y sobre lo que se dice en el libro del Santo Sacrificio y del Manjar de las almas.»

«No tengas cuidado, respondió Kim-y, algún tanto impaciente. Todo eso y muchas cosas más he de preguntar á los bonzos del Occidente, pues veo en esa doctrina dificultades que tú ni siquiera puedes imaginar.»

«¡No te disgustes! Es verdad que no sé tanto como tú, pero la doctrina del Señor del cielo no es sólo para los sabios. ¿Crees tú que eran sabios los pastores á quienes la gracia de Dios llamó por medio de su Ángel para que fueran al establo? Haz, pues, un viaje muy feliz, y tráenos el conocimiento completo de la doctrina del Señor del cielo. Todos los días oraremos,



Kuan y yo, delante de la imagen de la gran Señora, por nuestro tío y por ti, hasta que regreséis de Pekín.» Así habló el niño Yn á su primo la víspera del viaje.

Después se celebró una gran fiesta en que, según la costumbre coreana, fueron obsequiados espléndidamente los amigos y parientes de los viajeros, y á la mañana siguiente se puso en camino la embajada. Una brillante comitiva la acompañó á través de la ciudad, desde la casa del gran mandarín hasta las puertas de la capital, y muchos la siguieron durante media jornada en su camino hacia el Norte. El niño Yn iba también entre ellos, ya junto á la litera de su primo, ya junto á la de su tío. Por fin se despidió de sus parientes, no sin haber rogado por centésima vez á Kim-y, que no dejara de preguntar á los sabios del Occidente acerca de su doctrina.

La embajada continuó su camino hacia el norte. Las ligeras sillas de mano eran llevadas en varas de bambú cada una por dos hombres, y andaban tan de prisa, que los soldados que acompañaban á la embajada, armados con sus espadas y sus lanzas, apenas podían seguirlos. Esta escolta era necesaria á causa de las bandas de malhechores que infestaban los caminos en Corea. Aunque la embajada era muy bien recibida y obsequiada de la mejor manera posible por los mandarines de las provincias y por las autoridades de las ciudades y aldeas por donde pasaba, el viaje, sin embargo, era muy penoso. No tardó en venir el mal tiempo, empezando á nevar copiosamente; los viajeros se abrigan en vano con pieles y ropas calientes; solían llegar por la noche á los lugares en donde habían de albergarse rígidos á causa del frío; mientras que los criados, hechos á tales inclemencias, caminaban alegres, rápidamente, cubierta la cabeza con sus grandes impermeables. Al cabo de un mes llegaron por fin los viajeros á los confines de Corea, cuya frontera norte es el río Yalú, que estaba enteramente helado. Allí se unió á la embajada una tropa de jinetes chinos de Manchuria, quienes la condujeron atravesando montes y valles hasta que después de muchas semanas llegaron á la gran muralla de la China, y ocho días más tarde divisaron los baluartes y las torres de Pekín.

¡Cuán grande fué la admiración de los coreanos al ver el gentío y el movimiento de la inmensa capital de la China, la magnificencia de las numerosas pagodas budistas, y las torres singulares, en cuyas numerosas volutas había multitud de campanas y esquilones que sonaban á impulso del viento! ¡Y cuando vieron el magnífico templo de Kon-fu-tse, y fueron conducidos al inmenso palacio del emperador y entraron en sus grandiosos jardines con sus estanques y puentes, con sus escalinatas y grutas, sus pagodas y casitas de recreo, sus bosques y praderas de flores! En medio de tanta magnificencia casi se olvidó el joven Kim-y del principal objeto de su viaje; pero al cabo de tres días ocurrió un suceso que hubo de recordárselo.



AFRICA ESPAÑOLA.—El Coronel Sr. Silvestre (+) presenciando las influencias del último temporal en el puerto de Larache.—Reproducción directa de fotografía enviada por el P. Fr. Buenaventura Díaz, O. F. M.

«¿Qué pagoda tan extraña es esa?» preguntó á un empleado del Ya-men (Ministerio de Negocios extranjeros), encargado de obsequiar y acompañar á la embajada coreana.

«No es pagoda, sino el templo del Señor del cielo, que el gran emperador Kang-hi ha construido para los maestros del Occidente. La gran inscripción dorada que hay sobre la puerta, él mismo la compuso y atestigua que la doctrina de tales maestros es buena, concediendo á todos los chinos el derecho de abrazarla,» respondió el empleado.

«¿Podría yo entrar en este templo y hablar con los sabios del Occidente?» añadió el joven.

«Sin inconveniente ninguno, mañana, pasado mañana, cuando V. quiera. Ahora no hay aquí maestros como los había en tiempo de Kang-hi. Aquéllos conocían el curso de las estrellas y de la luna y anunciaban sus eclipses, sabían construir relojes artísticos y eran sabios en todas las ciencias. Por esta razón fueron muy estimados del emperador. Los maestros que hay ahora nunca van al palacio ni hacen uso de los anteojos é instrumentos con que sus antecesores observaban las estrellas. Pero son hombres buenos y piadosos. Mañana le enviaré á V. á nuestro intérprete, si quiere visitarlos. Ahora nos está esperando el poderoso Li-bung, el primer mandarín de la manzana de oro, que preside al Ya-men.»

A la mañana siguiente fué Kim-y con el intérprete á la casa de los misioneros. Eran éstos franciscanos, que con vivo celo y á costa de grandes sacrificios proseguían la obra de los anteriores misioneros jesuitas. Sólo con gran trabajo pudo entender á Kim-y el hermano portero, anciano muy bondadoso; mas tan pronto como supo cuál era el objeto de la visita, corrió tan velozmente como pudieron sus cansadas piernas, á llamar al Padre Guardián y al Obispo, diciéndoles que allí estaba no sabía qué hijo de príncipe para instruirse en la religión. Pronto salió á la puerta el Guardián é



introdujo al joven en la sencilla habitación del Obispo. Era éste Alejandro de Govea, varón muy piadoso y celoso por la salvación de las almas. Recibió con cordial amistad al joven, quien al principio se hallaba acobardado en la presencia del sabio de Occidente. Pero las dulces miradas de su venerable rostro disiparon bien pronto el temor de Kim-y, el cual se sentó en el suelo, no quitándose, según costumbre de su país, su gran sombrero coreano. El anciano le invitó muy afectuosamente á tomar asiento en una silla, pero él le dió á entender que estaba más cómodo en aquella postura.

Con ayuda del intérprete dijo Kim-y de dónde venía y cuáles eran sus deseos. Era en extremo difícil el hacerse entender, porque el joven hablaba muy mal la lengua china, aunque entendía muy bien la escritura, pues los signos chinos tienen la misma significación en China que en Corea. Por esta razón hubieron de entenderse Kim-y y el Obispo por escrito, como dos mudos; cosa muy difícil para éste, á quien no era tan fácil la escritura china como la latina. Pero la alegría que experimentó el venerable Prelado al ver las buenas disposiciones del joven, y ante la perspectiva de la conversión de todo un imperio, y el deseo de Kim-y de conocer y entender la doctrina del Señor del cielo, vencieron todas las dificultades.

Grande fué la admiración del Prelado y de los demás misioneros al saber que aquel breve escrito de los antiguos misioneros jesuitas, compuesto por el Padre Adam de Schall, de Colonia, se había introducido, casualmente al parecer, pero sin duda por especial providencia de Dios, en la Corea, tan rigurosamente cerrada á toda novedad extranjera. Aunque ya desde la primera conferencia, que se prolongó mucho, entendió suficientemente el joven las principales verdades de nuestra fe, todavía fué necesario explicarle y enseñarle muchas cosas, demasiadas para que pudiera aprenderlas en el breve tiempo que había de permanecer en Pekín.

Terminada aquella primera entrevista, condújole el Prelado á la iglesia y le explicó el significado de las imágenes que adornaban los altares y los muros. Había allí una gran cruz en la cual estaba enclavado el Salvador del mundo; sus ojos parecían mirar con indecible amor al joven extranjero. Este cayó de rodillas conmovido, y, tocando la tierra con el rostro, veneró la sagrada imagen. «Yo sé, dijo, lo que esta imagen representa: representa al Hijo de Dios que murió por nosotros en la cruz.»

«¿Y crees en El?» le preguntó el Obispo.

«Sí, creo.»

«¿Quieres, pues, ser cristiano y recibir el bautismo?»

«Sí, quiero, y quiero convertir á mi pueblo á esta fe divina.»

«Con la ayuda de Dios, añadió el Obispo, pues ésta no es obra de hombres. Debes pedir á Dios que se sirva de ti para llevarla á cabo.»

Después enseñó al joven las imágenes de la Santísima Virgen, de San Francisco Javier, de San Ignacio, de San Francisco de Asís y de San Antonio de Padua, cuya historia escribió en pocas palabras en una hoja de papel.

Así pasaron rápidamente las horas, y Kim-y tuvo que

dejar á los misioneros para llegar á tiempo de ser recibido por el Ya-men juntamente con su padre y los otros embajadores. Pero prometió volver al día siguiente, que era domingo, y asistir á los divinos Oficios. La magnificencia del culto, los sonidos del órgano, que por vez primera llegaban á sus oídos, las vestiduras sacerdotales, las sublimes ceremonias que aunque no las comprendía le inspiraban respeto, la venerable figura del Prelado, que asistido de sus sacerdotes ofrecía el misterioso sacrificio del altar, de tal manera conmovieron al joven, que, terminada la Misa, pidió con instancias el bautismo, mediante el cual entraría en el número de los hijos de esta sublime Religión.

El Prelado accedió á sus súplicas, pues Kim-y estaba suficientemente preparado para recibir el primero de los Sacramentos. Por otra parte no se sabía cuándo tendría que regresar á su país, pues la embajada coreana debía emprender el viaje tan pronto como presentara sus homenajes al emperador, le entregara los regalos que le traía y recibiera de su mano el calendario del siguiente año y algunos regalos para el rey y los dignatarios de Corea. El día de la recepción era fijado por los astrólogos de la corte después de consultar á los astros, á fin de que fuera próspero para ambas naciones. Todo esto era razón suficiente para que el Obispo le concediera el bautismo sin aguardar á prepararle mejor. Le administró, pues, este Sacramento, poniéndole por nombre Pedro, porque era llamado por Dios para ser en cierto modo la primera piedra de la Iglesia de Corea. El joven estaba muy conmovido. Prometió ir todos los días á recibir instrucción y llevar también á su padre, el cual acaso podría facilitar la entrada de un sacerdote chino en el reino de Corea.

Hablando estaban todavía, cuando llegó un mensajero del Ya-men, para anunciarle que, según el juicio de los astrólogos, la embajada debía ir inmediatamente al palacio imperial y ser solemnemente recibida. Sólo tuvieron tiempo el Obispo y los misioneros para llenar una caja con libros de devoción, catecismos y escritos acerca de la religión cristiana, y con imágenes, piadosas medallas, crucifijos y otros objetos semejantes, y dársele al joven neófito cuando éste volvió por la tarde á despedirse de los Religiosos. El Prelado concedió de todo corazón al joven su bendición episcopal. No se le ocultaba á este varón espiritual que el joven juntamente con cualidades muy excelentes tenía un carácter superficial, y especialmente un vano aprecio de sí mismo. Habíase propuesto el Prelado instruirle en la oración y en la humildad cristiana, pero ya no había tiempo. Exhortóle á la práctica de la oración, para que le asistiera el espíritu de ciencia y de fortaleza, esperando poder enviar pronto algún sacerdote á Corea.

## 6.—El regreso

Entretanto el niño Yn y su hermano Kuan esperaban con suma impaciencia el regreso de la embajada. Ya había pasado el invierno con sus hielos y nieves y había llegado la primavera del año de 1784, con sus templadas brisas y su brillante sol. Todos los días subían ambos niños á la colina de su casa de campo y miraban á lo lejos hacia el lugar por donde se veía



mejor el río Han-kang entre los arbustos y matorrales de la ribera; pues las embajadas acostumbraban á regresar, no por la Manchuria, sino siguiendo el curso del río Pei-ho hasta Tien-tsin, atravesando después el Mar Amarillo en *juncos* de vela. ¡Cuántas veces se engañaron los dos hermanos al ver á algún barco navegar río arriba á impulsos del viento del oeste! Esto mismo les pareció el día á que nos referimos, cuando vieron acercarse un gran *junco*; pero Kuan, que tenía muy buena vista, gritó después de mirar haciéndose sombra en los ojos con la mano: «¡Ellos son! ¡Veó la bandera amarilla!»

Y eran en efecto. Apenas tuvieron tiempo los niños de gritar diciendo á su madre: «Ya vienen,» y de bajar la pendiente que conducía á la orilla del río, cuando el *junco*, empujado por fuerte viento, llegaba también al mismo lugar. Yn vió á su tío y á su primo y los saludó, dándoles la bienvenida. Recogidas las velas, el barco se detuvo momentos después. Cuando se hubieron saludado, dijo Kim-y, á quien en adelante llamaremos con su nombre cristiano, Pedro:

«Me alegro de que ambos estéis aquí. Kuan, vé corriendo á casa, y que vengan algunos criados para que recojan esta gran caja que aquí viene, y entre tanto quédate tú, Yn, al cuidado de ella, pues contiene libros cristianos y objetos de devoción. Creo que lo harás con gusto.»

«¿Y te has instruido en la doctrina del Señor del cielo?»

«Sí, y no sólo me he instruido en ella, sino que la he abrazado. Pero mañana hablaremos de estas cosas y de muchas otras. Ahora tengo que ir á casa del gran mandarín, donde nos vestiremos para ir al punto al palacio real y entregar al rey los calendarios y los regalos que le envía el emperador de la China.»

Mientras tanto se habían acercado apresuradamente á la orilla gran número de personas deseosas de ver la embajada que regresaba. Del cuerpo de guardia de una de las puertas de la ciudad próxima á aquel lugar, vino un piquete de soldados, y no tardó en llegar la banda de música del rey enviada por el gran mandarín tan pronto como supo la noticia del regreso de los embajadores. También acudieron gran número de mozos de cordel y portadores de literas, de los que siempre hay muchos vagando por las calles de la ciudad, y no tardó

en ponerse en movimiento la comitiva entre los acordes de la música y el redoblar de los tambores, seguida de numeroso pueblo deseoso de ver la solemne entrada de la embajada en el palacio real.

Dos mozos del buque trasladaron la caja desde el barco á la orilla, y el niño Yn se sentó sobre ella guardando el precioso tesoro, quedándose casi enteramente solo, pues todo el mundo había seguido á la comitiva. En aquel momento se apareció allí de un modo tan inesperado como repentino el bizco La-men.

«¡Mira, el gran vencedor en el juego de cometas! dijo en tono de burla al niño. ¡Ya han vuelto tu tío y tu sabio primo! ¿Le han traído muchos regalos á su querido muñeco? A fe de hijo del mandarín del tribunal, que toda esa gran caja estará llena de ellos. ¡Levántate, que quiero verla mejor!»

«Déjame en paz, Lamen, dijo Yn sin levantarse. No tengo nada que ver contigo.»

«Ya lo creo, pues ahora no está aquí tu hermano, ni el necio maestro King tiene nada que mandarme; pero yo quiero tener que ver contigo, y te repito que te quites de ahí ó te haré que vayas á dar en el río con los peces.»

Yn, que se veía solo á la orilla del río en presencia de su enemigo, más fuerte que él, y cuya maldad conocía muy bien, buscó en vano auxilio en torno suyo: no había allí cerca ningún rostro amigo. Procuró pues la paz con buenas palabras, y por último dijo, viendo que nada conseguía: «Es cierto que podrás arrojarme al río, pero considera que serías un asesino, y que Dios te castigaría si yo me llegara á ahogar. Pero la caja cuya custodia me ha encomendado mi primo, no te la dejaré mientras viva.»

«Eso lo veremos,» gritó el bizco lanzándose sobre él. Yn evitó hábilmente el golpe, y La-men perdió el equilibrio y cayó profiriendo una maldición, hiriéndose con el canto de la caja. Pero disimuló el dolor, y habiendo visto en ella el sello del Gobierno chino, con que sólo eran selladas las cajas que contenían los regalos del Emperador de la China, gritó: «¡Sois unos ladrones! Os habéis quedado con una caja que pertenece á nuestro rey. Ahora mismo voy á llamar á los criados del tribunal de mi padre y te prenderán, y se llevarán la caja á mi casa para que veamos lo que contiene.»

(Se continuará).

## BIBLIOGRAFIA

La *Enciclopedia Universal Ilustrada europeo-americana*, que edita con extraordinario éxito la Casa de José Espasa é Hijos, continúa disfrutando del favor del público, cada día creciente y bien merecido, pues difícilmente podría idearse obra que, como la expresada, respondiera mejor á los deseos de universal cultura de los tiempos modernos ni que con más bella ejecución ofreciera su cumplimiento.

Los doce tomos publicados hasta el presente alcanzan á la letra C (Cer), lo que indica la gran profusión de datos que en

cada una de las letras se acopian, así en cuanto al número de vocablos como al de sus aplicaciones y de objetos á que los mismos pueden referirse dentro de las ciencias, la literatura, la industria y toda suerte de adaptaciones prácticas.

Las palabras están detalladamente explicadas en su significación y extensión, las monografías son nutridas y ajustadas á las más recientes investigaciones, y la parte biográfica está bien seleccionada.

A todo esto se une la ilustración, que es profusa y pulcra-



mente ejecutada en negro y en colores. Retratos, reproducciones de edificios, objetos suntuosos, aparatos científicos, indumentaria, etc., etc., todo contribuye á la aclaración del texto, formando á la vez un vasto conjunto de conocimientos intuitivos. Sobresalen los mapas generales y particulares, tirados á varias tintas.

Es, pues, la *Enciclopedia Universal Ilustrada europeo-americana* una de las obras que más honran en la actualidad la bibliografía española.

—*La Pureza*, por J. Guibert, Superior del Seminario del Instituto Católico de París. Traducida por el P. Jaime Pons, S. J. Un volumen de 260 páginas de 19 X 12 centímetros. En rústica, ptas. 2'50; en tela inglesa, ptas. 3'50. — Gustavo Gili, editor, Barcelona.

Es el presente libro notable por el tacto y discreción con que expone y resuelve el podríamos llamarlo problema de la pureza. En él, el vicio impuro, en sus múltiples formas, aparece estigmatizado por los graves perjuicios físicos y morales que acarrea, sin que á pesar de eso se asome por ninguna parte la más leve inoportunidad de frase capaz de herir á los oídos más castos.

Es una obra más que sumar á las notables publicadas en pocos años sobre tan importante y ardua materia.

—*Vade-mecum des predicateurs pour Dominicales, fêtes, sermons, panégyriques, Avent, Carême, Missions, etc., etc., par Deux Missionnaires*, autores de numerosas obras de Predicación y de Ciencias sagradas. Un volumen de casi 800 páginas. Precio, 5 francos. — P. Tequi, editor, Rue Bonaparte, 82, París. — Contiene la esquema, el argumento ó plan del sermón: un orador de mediano talento podrá en breves minutos con el auxilio del *Vade-mecum* preparar hermosas y fructíferas pláticas, instrucciones, panegíricos, etc., llenos de doctrina, ilustrados con las más propias citas de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y de otros autores insignes. El *Vade-mecum* da al orador las ideas, la argumentación, los textos para que pueda asimilarse riquezas de «fondo» que, tomadas de las más valiosas fuentes, instruyen al oyente y le fortifican en la fe, y deja que las revista de «forma», que les dé su propio estilo, con lo cual se logra que se adapte mejor á la persona del orador sagrado y á las necesidades y manera de ser del auditorio. Creemos que el *Vade-mecum des predicateurs* puede ser muy útil á los sacerdotes, en particular al clero parroquial, y por esto nos permitimos recomendarles esta obra, hija, dicen sus autores, de cuarenta y dos años de sacerdocio.

—*Lucio Flavo ó la destrucción de Jerusalén por Tito*. Novela histórica en dos tomos por el P. José Spillmann, S. J. — B. Herder, editor, Friburgo. — Distintas veces hemos tenido ocasión de elogiar los méritos del célebre novelista alemán P. Spillmann, pero ninguna con el entusiasmo con que los aplaudimos después de la lectura de la notabilísima obra *Lucio Flavo*, cuya traducción debemos agradecer á Herder, el distinguido editor de la biblioteca «Las Buenas novelas.» Pocas épocas históricas habrá más interesantes para los católicos que la de los últimos tiempos de Jerusalén, y pocas páginas más conmovedoras que las que hacen revivir en su imaginación el cumplimiento de la profecía del Divino Redentor, describiendo la destrucción de la por su grandiosidad, por sus riquezas, por su historia, incomparable capital del pueblo de Judá, guardadora del sacro templo en que recibiera excelso culto el Dios de Israel. El P. Spillmann nos hace convivir con aquellos cristianos cuyas virtudes heroicas premiara el Señor con la palma del martirio, nos describe aquella Jerusalén deicida, nido de víboras, refugio de ambiciosos que sólo sabían odiar y que preparaban la victoria de Tito

destruyéndose en las más crueles luchas intestinas; hombres que sólo vivían para el oro, que no tenían más ley que sus pasiones, que se atrevían á profanar el templo... y que luego engañaban al pueblo profetizándole falsos milagros en nombre del Dios de Abraham y de Jacob. La obra está llena de episodios que conmueven por su grandiosidad y por el arte con que están descritos: citaremos la evocación de los espíritus infernales, hecho por la maga Circe, á petición de Berenice, y ante ésta y Lucio Flavo, la muerte de San Pedro, las heroicas salidas de los judíos para alejar á los romanos que estrechaban el cerco, la salvación de la vida de Tito por la legión de los cristianos, armados de palos y azadones, y, consecuencia de su heroísmo, el devolverles Tito ante todo el ejército romano los honores y dignidades que les arrebatara para castigar su fe; el asalto final, precedido de la toma de la Torre Antonia, y el incendio pavoroso que, á pesar de la voluntad reiteradamente expresada por el jefe romano, no dejó piedra sobre piedra del templo maldito, y, digno coronamiento de la obra, la entrada triunfal de Tito á la capital del Imperio. Todo esto acompañado de cuadros deliciosos de la vida santa, toda caridad, de aquellos primitivos cristianos que habían visto al Redentor, sus milagros y su muerte. La obra es, pues, interesantísima, instructiva y también apologética; quizás no tenga aquella unidad de acción y aquella poesía que admiramos en otras grandes novelas históricas, pero, no importa, *Lucio Flavo* puede figurar entre las mejores, y tiene sobre muchas la gran cualidad de que de su lectura sale enriquecida la inteligencia con nuevos conocimientos históricos y enriquecida el alma con tesoros nuevos de amor y entusiasmo en pro de las verdades de nuestra sacrosanta Fe. — M. C. G.

**LAS MISIONES CATÓLICAS** dará cuenta en esta Sección de todas las obras cuyos autores ó editores le remitan un ejemplar.

### Limosnas para coadyuvar á la Santa Obra de la Propagación de la Fe

	Ptas.	Cts.
Suma anterior:	345	85
Para la Obra de la Propagación de la Fe		
Sarriá.—D. J. C.....	100	
Para la Santa Infancia.—R. P. José M. <sup>a</sup> Iruarrizoga (Misiones de China)		
San Sebastián.—D. I. E.....	25	
Durango.—D. Elías Storm.....	2	
Para las Misiones más necesitadas		
Aguilar de Campoo.—D. <sup>a</sup> Escolástica Rodríguez.....	25	
Mazarrón.—Rdo. D. Ginés Morales, Pbro.....	52	15
Orihuela.—Rdo. Dr. D. Andrés Die Pescetto, presbítero.....	50	
Tortosa.—D. Joaquín Ferreres.....	10	
Zaragoza.—D. <sup>a</sup> Josefa Delgado.....	20	
Id.—Una devota.....	10	
Total:	640	

Esta cantidad, que es el total de lo recaudado durante el último trimestre, va á ser enviada al Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe.

¡Dios se lo pague á los amigos de la Propagación de la Fe!

Tipografía Católica, Píno, 5, Barcelona.—1912